

Marido y mujer

Marido y Mujer

Lee estaba muy contenta por poder contar con el célebre magnate australiano Damien Moore para ayudar a su familia. Era un abogado brillante y, además, guapísimo, Lee lo admiraba mucho, pero se quedó estupefacta cuando se vio obligada a casarse con él por culpa de un vacío legal,.,

Damien estaba igualmente asombrado, y le aseguró a Lee que el matrimonio sería temporal y, por supuesto, de conveniencia... Pero no había nada de falso en la pasión que sentían. Eran marido y mujer en público y en privado. ¿Se convertiría su matrimonio en algo real?

MARIDO Y MUJER
Título original:
Marriage on Command

Capítulo 1

DAMIEN Moore era alto, moreno y no parecía impresionado, pensó Lee Westwood al ver cómo Damien enarcaba una ceja después de estudiarla detenidamente.

Mientras se sentaba en la silla que él le señalaba con gesto displicente, pensó que su atuendo no era tan elegante como el de aquellos que trabajaban en el exclusivo bufete jurídico de Moore & Moore: Llevaba unos vaqueros nuevos, ajustados, unas botas marrones y una blusa verde que había escogido cuidadosamente pare hacer juego con sus ojos. El pelo, de un brillante color caoba, lo llevaba recogido en una coleta, como siempre. Hacía mucho tiempo que no se tomaba tantas molestias en arreglarse.

La única nota discordante era su viejo bolso de cuerda, que colgó en el respaldo de la silla. Había olvidado cambiarlo por otro un poco más elegante.

- Por otra parte, también había esperado que el socio mayoritario de Moore & Moore fuese algo más mayor, aquel hombre debía de tener treinta y pocos años, pensó. Tampoco había esperado que fuese tan atractivo. Delgado, hombros anchos, vivos ojos oscuros, expresión inteligente y un innegable aire de autoridad; aunque quizá aquello último era de esperar, se dijo mientras él se sentaba tras la mesa.

De todos modos, no iba a permitir que aquel hombre la intimidase.

-Necesito asesoramiento legal, señor Moore -dijo Lee con tranquilidad.

Él se recostó en la silla y cruzó los dedos.

-Por lo que tengo entendido, eso es lo que le ha comunicado a mi secretaria en repetidas ocasiones -comentó él secamente.

No resulta fácil conseguir una cita con usted -replicó Lee-. Es obvio que se valora mucho, señor Moore -añadió de manera cortante.

Un leve brillo de diversión iluminó los oscuros ojos del hombre por un momento.

-Mis honorarios no son bajos, desde luego, pero si eso es un problema, no entiendo por qué ha insistido tanto en verme, señorita... -dijo y consultó la ficha que tenía delante- Westwood.

-El caso, señor.. Moore -dijo Lee parodiándolo- , es que he investigado y parece ser que usted es el mejor. Así de sencillo -concluyó y se encogió de hombros-. En lo que se refiere a los

honorarios, tengo unos ahorros que deberían ser suficientes -añadió.

Damien Moore se resistió a la tentación de sonreír mientras estudiaba a la atrevida pelirroja que. tenía delante. Era cierto que había vuelto loca a su secretaria, por lo que dedujo que lo más sabio sería deshacerse de ella antes de que lo volviese loco a él también. Pero ¿cómo iba hacer eso a una muchacha de unos veintitrés años que parecía tener todas sus pertenencias en un bolso desaliñado?

Damien se irguió en la silla

-De acuerdo, señorita Westwood. Cuénteme en qué problema se ha metido.

-No me he metido en ningún problema -dijo Lee dolida-. Siempre cumplo con la ley.

-Entonces, ¿por qué está aquí? -preguntó él con impaciencia.

-Mis abuelos... -comenzó ella, pero se detuvo pare ordenar sus ideas-. Los convencieron para que invirtiesen todos sus ahorros en un plan de inversiones un tanto dudoso. No solo no recibieron nada a cambio de su dinero, sino que además el responsable ha desaparecido.

Damien Moore jugueteó con su estilográfica de plata. Parecía escéptico.

-En primer lugar, ¿por qué no han venido sus abuelos en persona?

-Ellos... son buena gente. Cuando mis padres murieron en un accidente de coche, ellos se encargaron de mí. Yo tenía seis años. Pero... tienen poco mundo -le explicó ella-, y supongo que esa es la razón por la que se dejaron embaucar. No obstante, tengo intención de recuperar todos sus ahorros.

-Ya veo. Ahí es donde entro yo, supongo.

-Para ser sincera -admitió Lee-, esperaba poder conseguirlo yo sola. Pero no tuve éxito.

-¿Qué medios ha empleado para recuperar los ahorros de sus abuelos? -preguntó él.

Lee entrelazó los dedos y se tomó un tiempo para contestar.

-Primero fui a la policía, pero me dijeron que era un asunto civil. El contrato protegía al responsable del plan, así que yo... acampé un par de veces en la puerta de su casa con una pancarta.

«No te rías, Damien Moore», se dijo a sí mismo.

-¿En la puerta de la casa del hombre que supuestamente timó a sus abuelos?

Lee asintió.

-¿Qué decía la pancarta?

Lee apartó su mirada.

-Hacía comentarios poco halagadores acerca de su integridad.

-¿Y él qué hizo?

Lee miró a Damien de nuevo. «Intenta no parecer avergonzada», pensó él, «pero también proyecta una imagen de dignidad juvenil»

-Un miembro de su equipo me amenazó con una orden de restricción.

Damien no pudo evitar reírse.

-¡No me sorprende! Creía que había dicho que cumplía usted con la ley, señorita Westwood. ¿Es que no sabe que no puede ir por ahí poniendo en tela de juicio la integridad de las personas?

-Sé que es un timador -dijo Lee con sequedad-. ¡Y un ladrón! ¿Cómo se sentiría si sus abuelos estuviesen en la misma situación? -le preguntó furiosa.

- -De acuerdo -dijo Damien, y escribió algunas notas en el cuaderno que tenía delante-. ¿Quién es el hombre en cuestión?

-Cyril Delaney.

- Damien soltó el bolígrafo y parpadeó sorprendido.

- - ¿Bromea?

-No.

-Señorita Westwood, Cyril Delaney es un hombre de negocios muy respetado y con un historial impecable. Es muy improbable que se dedique a timar a indefensos pensionistas.

--Tengo un documento firmado por un C. Delaney. Mis abuelos me han asegurado que el hombre con el que trataron se llamaba Cyril Delaney, y me han asegurado que fue el historial impecable -dijo Lee irónicamente-, lo que los engatusó. ¿Qué tiene que decir al respecto, señor Moore?

-Que probablemente fuese alguien haciéndose pasar por Cyril Delaney -contestó él.

-Entonces tiene un doble --replicó Lee.

Damien frunció el ceño.

-¿Está hablando en serio, señorita Westwood?

-¿Realmente piensa que me habría tornado tantas molestias si no fuese así, señor Moore? Solo en conseguir una cita con usted he gastado una fortuna en llamadas telefónicas.

Damien la observó en silencio durante un rato y después se encogió de hombros.

-¿Nunca llegó a conocer a Cyril?

-No.

-¿La ha mandado alguna queja por escrito?

-Sí, pero no he recibido respuesta. Aunque, si fuese culpable, no

contestaría ¿verdad?

Damien Moore jugueteó pensativamente con la estilográfica sobre la mesa.

-Quizá lo hayan interpretado, como una demanda falsa -dijo él y pareció tomar una decisión-. De acuerdo, muéstreme el documento.

Lee lo sacó de su bolso y se lo entregó.

-¿Qué piensa? -le preguntó ansiosa cuando terminó de leerlo.

-Que el noventa por ciento de la población nunca lee la letra pequeña. Sin embargo, creo que hay indicios de fraude, así que escribiré a Cyril Delaney informándolo de la existencia de este documento, así que como del presunto fraude.

¿Y después?

-Es todo lo que puedo hacer por el momento ---dijo Damien.

-¿Y si lo ignore igual que me ignoró a mí?

Damien enarcó las cejas.

-Dudo que eso ocurra, señorita Westwood.

Lee no parecía convencida.

-Realmente quiero enfrentarme a él y aclarar todo esto --dijo ella con vehemencia.

-Sí. No sé por qué no me sorprende, pero tendrá que tener un poco de paciencia. .Iremos paso a paso, a no ser que quiera contratar a otro abogado. Así que si me da más -detalles, como por ejemplo cómo contactar con usted...

Lee accedió, hasta que le resultó obvio que él quería conocer prácticamente toda la historia de su vida.

-No voy a marcharme de la ciudad sin pagarle sus honorarios -le dijo orgullosa.

-¡Dios nos libre! -murmuró él y se puso de pie-. De momento, deje esto conmigo y yo contactaré con usted en cuanto tenga una respuesta.

Lee también se puso de pie, pero no le estrechó la mano que él le ofrecía.

-¿Eso es todo?

Damien enarcó una ceja a hizo una mueca con la boca.

-¿Tenía algo más en mente?

Por un momento, .Lee malinterpretó el significado. Incluso abrió la boca para decide que tenían evidencias de sobra para escribir a Cyril Delaney, pero se dio cuenta de que él paseaba la mirada por su cuerpo de una manera inconfundible.

A1 comprender el verdadero significado de la pregunta, Lee se sonrojó y una poderosa sensación de impotencia se apoderó de ella. ¿CÓmo se atrevía aquel hombre a pensar que ella le estaba

sugiriendo algo, o que tuviese algún interés personal en él?

-Se ha equivocado de mujer, señor Moore -le dijo fríamente-, si está. insinuando lo que yo pienso.

Damien parecía divertido.

-No sería la primera vez que ocurre, señorita Westwood. Y ahora, si me disculpa, tengo una cita para comer-dijo él y llamó a su secretaria, que inmediatamente abrió la puerta invitando a Lee a marcharse.

Dos semanas más tarde, Damien Moore aparcó su Porsche color azul metalizado a la puerta de su restaurante favorito, en un barrio residencial de Brisbane. A1 bajar del coche, una chica vestida con un peto color caqui y un gorro negro de ganchillo le cerró el paso. Y solo cuando la joven se quitó el gorro y una melena color caoba cayó sobre sus hombros, Damien se dio cuenta de que era Lee Westwood.

Él se detuvo y suspiró.

¿Qué es usted? ¿Del grupo de Operaciones Especiales?

--Si se refiere a mi atuendo -le dijo Lee con dignidad-, es mi ropa de trabajo. Soy jardinera ¿recuerda? Y en lo que respecta a mi presencia aquí -continuó ella mirando a su alrededor-, como no podía contactar con usted por teléfono, decidí .investigar un poco y averigüé que hoy vendría aquí.

Damien Moore maldijo en voz baja.

-La razón por la que no ha podido contactar conmigo es porque no tengo noticias para usted, como mi secretaria bien le habrá dicho.

-¡Hace ya dos semanas! -protestó Lee-. Si Cyril Delaney pensara contestar, ya lo habría hecho.

-Escuche...

-No. Escúcheme usted, señor Moore -lo interrumpió ella-. Mis abuelos han tenido que hipotecar su casa para aumentar su pensión y les está resultando muy difícil hacer los dos pagos. Si no hago algo pronto, perderán su casa, mientras usted come en restaurantes caros, sin ninguna preocupación. a expensas de los honorarios que le estoy pagando.

-Lo dudo -dijo él con una mezcla de impaciencia y resignada diversión. De repente, pareció tomar una decisión-. De acuerdo. Venga a comer conmigo.

Lee miró por encima del hombro. Parecía que él se dirigía a un restaurante caro y de lujo.

¿Aquí? -preguntó con cautela.

-Sí. Tengo una mesa reservada,

-Pero no llevo la ropa adecuada. Un poco más abajo hay un restaurante de comida rápida...

-Ni hablar, señorita Westwood. O aquí, o nada.

Lee se mordió el labio y miró a Damien. Le pareció ver que sus oscuros a inteligentes ojos la desafiaban...

-De acuerdo -dijo ella cuadrándose-. Con una condición: yo pago mi comida.

-¿Por qué?

-No quiero deberle nada, señor Moore.

-Ya veremos -dijo él sonriendo.

Lee dudó, pero tuvo la sensación de que si continuaba discutiendo con él, la dejaría a11í sola.

-Es usted un hombre testarudo -dijo ella e inspirando profundamente, entró delante de él al restaurante.

Cinco minutos más tarde, Lee tenía una copa de vino en la mano y había pedido una porción de pastel de espinacas y ensalada, lo más barato del menú.

-¿Está segura? -le preguntó él-. No time por qué quedarse con hambre...

-Estoy segura -dijo ella con firmeza-. Me gusta el pastel de espinacas y me encanta la ensalada.

Damien se encogió de hombros y pidió ternera asada.

Es un sitio muy bonito -comentó Lee mirando a su alrededor-. No estoy segura de si será porque he entrado con usted, pero nadie parece haberse fijado en mi atuendo.

É1 la miró irónicamente.

-Soy un cliente habitual.

-Así que si hubiese venido sola, la situación habría sido diferente -dijo ella divertida.

-A decir verdad, ha entrado usted de manera impresionante, como si fuese la reina de Saba -dijo él, y Lee rió.

Mientras comían, Damien pasó hábilmente al tema que tanto fascinaba a Lee: la horticultura Durante un rato hablaron sobre ello, hasta que el teléfono móvil de Damien sonó discretamente. ÉI pareció disgustado, pero contestó la llamada. Cuando terminó de hablar, miró a Lee de forma enigmática.

-Es su día de suerte, señorita Westwood.

-¿por qué?

--Me acaban de comunicar que Cyril Delaney está de acuerdo en que mantengamos una reunión.

Aquello tuvo un efecto inmediato sobre Lee. Se irguió en su silla

y lo miró de hito en hito.

-¡Por fin llegamos a algo! ¿Cuándo? ¿Dónde?

Antes de responder; Damien Moore se sorprendió a sí mismo sintiéndose de nuevo intrigado por aquellos ojos verdes. De hecho, admitió que había mucho más en aquella pelirroja que lo que inicialmente le había otorgado. Aunque era testaruda y persistente, no resultaba fastidiosa, pensó, y entrecerró los ojos. Tenía vitalidad, sentido del humor y en ocasiones una dignidad que emocionaba. Pero aquello no debería suponer un trato distinto al de cualquier otro cliente. ¿O sí? No...

-Dentro de dos días en su casa -dijo él interrumpiendo sus propios pensamientos-. No se encuentra bien, de ahí el retraso en contestar. También ha solicitado su presencia en la reunión -añadió mirando su comida pensativamente.

Lee apartó su plato.

-¿Por qué parece usted estar en desacuerdo? le preguntó frunciendo el ceño.

Damien la miró a los ojos.

-Porque time usted un historial de comportamiento difamatorio hacia él, así que sí tengo mis reservas, es porque tengo dudas de que sepa comportarse en la reunión, señorita Westwood.

-Señor Moore. Eso dependerá de cómo se comporte Cyril Delaney.

-Eso es lo que me temía -dijo él en un tono de humor-. Pero el histrionismo solo servirá pare ponerla en una situación más vulnerable.

--No se preocupe. Siempre llega un momento en que hay que hablar sin rodeos. Así que aunque no seré mal educada, desde luego seré sincera.

-No puedo esperar -murmuró Damien y terminó su comida.

Les sirvieron café y un plato con cuatro exquisitos bombones. Lee eligió uno y se 1o comió con deleite. Después, se dio unas palmadas en el estómago y suspiró satisfecha.

-Desde luego ha sido mejor que lo que yo tenía pensado comer hoy. Pero me temo que tengo que dejarlo, señor Moore -dijo ella y consultó su reloj-. Mi hora para comer está a punto de terminar. ¿Le importaría pedir cuentas separadas?

-Desde luego que sí.

-Pero habíamos acordado...

-No habíamos acordado nada –Interrumpió él.

-En serio, quiero pagar mi almuerzo.

-Quizá sí -dijo él-. peso piense en mi reputación por un

momento.

-¿Qué tiene eso que ver?

-No tengo por costumbre permitir que mis invitados paguen. Sobre todo si son mujeres.

Damien tenía el semblante serio, pero sus ojos reflejaban el sentimiento completamente opuesto.

-Para empezar, no creo que yo pertenezca a la categoría de invitada -dijo ella después de pensar un momento.

-Yo la he invitado.

-No le di elección -dijo a hizo un gesto de impaciencia con la mano.

-Bueno, eso es algo qué no esperaba de usted.

-Déjeme terminar -le ordenó-. En segundo lugar, no soy...

-¿Una mujer?

Lee apretó los dientes ante aquel comentario.

-Por supuesto que sí, lo que no soy es una cita. Escuche, lo que no me gusta es que me trate con condescendencia.

-Todo lo contrario -dijo Damien arrastrando las palabras-. He disfrutado de mi comida más de lo que me habría imaginado, gracias a usted. Así que lo menos que puedo hacer es invitarla.

Lee lo miró sin saber qué decir.- Sus verdes ojos reflejaban confusión.

-¿De verdad?

-Le doy mi palabra.

¿Y por qué ha disfrutado tanto?

-Es usted una raja de sorpresas --contestó Damien y se encogió de hombros-. Y me agrada usted. Pero no discutamos más sobre quién paga -terminó y se puso de pie.

Pero Lee tardó unos instantes en hacer lo mismo, porque, mientras observaba la imponente figura, de Damien Moore, un pensamiento, algo que casi le quitó el aliento: ¿podía una mujer enamorarse de un hombre mientras comían en un restaurante?

A las dos de la mañana, Lee desistió de intentar dormir y se preparó una taza de té. Aún seguía sorprendida y sin poder comprender el pensamiento que le había asaltado justo antes de salir del restaurante. ¿De donde le venía? ¿Qué lo había propiciado? ¡Si solo había visto a aquel hombre dos veces!

Pero aunque pudiese encontrar respuesta a aquellas preguntas, ¿de que le serviría?, se preguntó.

Nada cambiaría el hecho de que se había quedado sin palabras mientras salían al exterior y él le preguntaba donde había aparcado.

Ella le señalo su coche y Damien la escoltó hasta él.

Le dio las gracias por la comida y acordaron encontrarse dos días más tarde para ir a ver a Cyril Delaney,, pero toda fluidez y espontaneidad la habían abandonado; solo era consciente del hombre que tenía a su lado.

Había disfrutado de la comida y de su compañía mucho mas de lo que había esperado, porque él había hecho un visible esfuerzo por agradarla.

Pero por otro lado, ¿acaso era tan sorprendente que él provocase aquella sensación en ella? ¿Qué chica no habría sentido lo mismo con un hombre de imponente figura, atractivo y encantador?

Ahí estaba el problema, pensó Lee. Ella solo era una mas en la larga lista, sin duda alguna.

Suspiró y decidió que lo último que debía hacer era permitir que Damien Moore pensase que había estado en lo cierto aquel primer día en su despacho. E hizo nota mental de que aquella era la segunda vez que se ponía a sí misma sobre aviso.

-¿Te encuentras mejor?

-Si. Gracias –dijo Lee guardando el pañuelo.

Estaban en un hotel cercano a la casa de Cyril Delaney, y ella se estaba tomando un coñac.

Aunque no había roto a llorar en la puerta de la casa de Cyril, no había duda de que tenía los ojos cargados de lágrimas y estaba profundamente consternada. Hasta tal punto que Damien la había metido en el coche y había buscado aquella tranquila cafetería.

-Lo siento –dijo ella bebiendo su coñac-. Pero es que además del disgusto, me siento culpable. Parecía tan mayor y frágil... no creo que haya sido él, pero yo lo he acusado –dijo y se quedó sin habla. Movió la cabeza en señal de desesperación.

-Lo entiendo –murmuró Damien-. Pero tienes razón. No ha podido ser él, aunque tú no podías saberlo.

-Entonces, ¿quién ha sido? –inquirió ella mirándolo fijamente-. ¿Y por qué tuve la sensación en el último momento, de que algo de que algo de lo que dije lo hizo pararse a pensar?

Damien miró su vaso pensativamente y frunció el ceño.

-A mí también me lo pareció, pero... -se interrumpió, encogiéndose de hombros-. Quizá nunca sepamos quién fue.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Solo podemos pacer una cosa: pasarle el caso a la policía.

-Le dije que ya lo intenté,

-Sí, pero ahora sabemos que la persona que hizo el contrato

utilizó un nombre falso, y eso podría anularlo.

Lee no contestó.

-Si quieres lo hago yo -se ofreció Damien.

Ella lo miró y sonrió al tiempo que uno de los últimos rayos de sol entraba por una ventana y formaba una aureole de luz alrededor de su cabeza. Aún estaba pálida, se fijó Damien, por lo que las pecas se le notaban más.

Lee cuadró los hombros e inspiró profundamente.

-Gracias. Pero la verdad es que no puedo seguir pagando sus honorarios, así que lo haré yo misma, señor Moore.

-Llámame Damien -contestó él-. No lo preocupes, no te cobraré.

-No quiero caridad. Pero gracias de todos modos.

-No puedes pacer nada pare detenerme.

Ella lo miró fijamente.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Lee con cautela.

:Los ciudadanos tienen la obligación de denunciar delitos graves. Y eso es lo que haré -contestó él y se encogió de hombros. Además, algo en su mirada le dijo a Lee que no aceptaría un «no» por respuesta-. Así que no tienes por qué sentir que me debes nada, Lee.

-Ella abrió la boca pare discutir, pero él sonrió de forma tan sincera que sintió que perdía todas sus fuerzas y no pudo pensar en nada más.

-Solucionado -dijo Damien y consultó su reloj-. Si te sientes mejor, te llevaré de vuelta a tu coche. Aún no está todo perdido, Lee. Agárrate a eso -añadió después de mirarla fijamente por un momento.

-¿Estás haciendo todo esto porque Cyril te dijo que cuidases de mi? -preguntó ella-. ¿Y por qué dijo eso?

Damien enarcó una ceja.

-¿Quién sabe?.Yo diría que admiraba tu valentía y se sintió movido por las dificultades de sus abuelos: Eso es todo -añadió después de dudar por un instante

Damien se puso de pie y Lee hizo lo mismo. Parecía aturdida.

Y mientras pasaba una mano alrededor del brazo de Lee y salían de allí, Damien Moore analizó aquel, momento de duda y se dio cuenta de que no estaba seguro de que lo que acababa de decir fuese toda la verdad.

Le pareció que tras las afirmaciones que hizo Cyril mientras se marchaban, había algo más; le pareció que tomaba una decisión respecto a Lee y él mismo, pero no podía imaginarse de qué, se trataba.

A no ser que... Cyril se hubiese percatado del ligero sentimiento

de protección que él, Damien, había comenzado a sentir hacia su cliente.

Una vez en la calle, Damien se detuvo y observó a Lee a la luz del día. Obviamente había recobrado la compostura, y aunque continuaba pálida, se preguntó cuánto tiempo más permanecería tan callada. No tuvo que esperar demasiado.

-Muchas gracias por todo,- señor Moore -comenzó a decir Lee-, Yo...

-Llámame Damien.,

Un fugaz reflejo de exasperación nubló la mirada de Lee.

-Agradezco tu ayuda -continuó, con testarudez-, pero...

-Sube al coche, que ya llego tarde -le dijo él abriendo la puerta del Porsche.

-Pero es que...

No tienes que decir nada. Vuelve con tus flores y deja que me encargue yo de esto -afirmó Damien y le acarició la cabeza.

Lee se mordió el labio; se sentía exasperada y confusa. Cinco minutos más tarde, estaba metida en su propio coche y a punto de partir.

-Estaremos en contacto -dijo Damien y se marchó, dejándola presa de sentimientos encontrados.

Damien mantuvo su palabra.

A lo largo de las siguientes semanas, la telefoneó varias veces, y en una ocasión la invitó a desayunar a su apartamento para ponerla al día sobre los progresos que estaba haciendo.

También la invitó a comer y le explicó que sería un proceso largo, porque quien quiera que hubiese utilizado el nombre de Cyril Delaney, se había tornado muchas molestias en no dejar pistas.

Durante aquellos encuentros, Lee logró ocultar los distintos sentimientos que Damien le inspiraba. Incluso le pareció que había logrado volver a su papel de pelirroja perspicaz y dejar atrás el de muchacha triste y confusa que había mostrado en la reunión con Cyril. La muchacha que se había sentido exasperada por la prepotencia de Damien y al mismo tiempo había intentado imaginarse lo maravilloso que sería que Damien cuidase de ella...

Un mes más tarde, Lee leyó que Cyril Delaney había muerto tras una larga enfermedad, y se sintió embargada por la tristeza. Pero a los tres días, cuando Damien la telefoneó pare comunicarle que los dos figuraban en el testamento de Cyril y le explicó el extraño legado que habría de cambiar su vida para siempre, no supo definir sus sentimientos.

Capítulo 2

DAMIEN Moore esperaba en la terraza de un restaurante. Consultó su reloj y miró impaciente a su alrededor; Lee Westwood llegaba tarde y él tenía otra cita en cincuenta minutos, a las dos en punto.

Decidió pedir para ambos. Quizá ella comiese como un conejo, pero él no tenía ninguna intención de engullir su comida, así que llamó a la camarera y pidió un filete para él, una ensalada para ella y dos tazas de café.

Al instante la vio acercarse a lo lejos. Llevaba el pelo suelto, un pañuelo verde alrededor del cuello, una camisa, vaqueros desgastados y botas de piel marrones, además de su bolso de cuerda.

Era un desastre a la hora de vestir, pensó Damien como tantas otras veces, aunque dio gracias porque no se había puesto el gorro negro de ganchillo que tanto le gustaba a ella.

Aunque aquello fuese la terraza de un restaurante, no dejaba de ser elegante. Al igual que la clientela. La mayoría de las mujeres que había allí parecían haber salido directamente de la portada de la revista Vogue. Pero ¿cuándo había preocupado aquel tipo de cosas a aquella chica? ¿Y qué provocaba que la gente se volviera para mirarla?

A su favor tenía un pelo maravilloso y unos increíbles ojos verdes, pero en su contra demasiadas pecas y un cuerpo muy delgado, aunque sus piernas eran largas y estilizadas...

Damien pensó que no era nada de todo aquello; era la vitalidad que desprendía y la sensación de que no le importaba en absoluto lo que los demás pensasen de ella. Después de todo, había sido aquella fuerza interior suya la que lo había convencido para aceptar el caso, aun sabiendo que ella estaba equivocada y que quizá no podría pagar sus honorarios.

-Siento llegar tarde -dijo ella casi sin aliento, mientras colgaba el bolso en el respaldo de la silla y se sentaba en ella-. El tráfico está muy mal.

-¿No se te ha ocurrido pensar que si te molestases un poco más en planificar tu día, no tendrías que pedir disculpas tan a menudo por llegar tarde?

-¡Oh, vaya! -dijo ella sujetándose el pelo tras las orejas y fijando en él sus ojos verdes con expresión divertida-. ¿Te he ofendido?

Damien se encogió de hombros,

-Llegar tarde puede dificultarle la vida a las demás personas. Por ejemplo, ahora solo dispongo de cuarenta y cinco minutos para hablar contigo. Estoy segura de que eres capaz de contarme muchas cosas en tres cuartos de hora, Damien, aunque no sé de qué me quieres hablar -le dijo y exclamó sorprendida al ver que la camarera le trajo una ensalada-. ¡Has pedido por mí!

Damien observó su filete.

-Si hubieses llegado puntual, podrías haber pedido por ti misma.

-Bueno, ¿me vas a contar por que estas de tan mal humor? Yo no vengo simplemente desde el otro lado de la ciudad; he tenido que tomar la autovía, que está en obras, y de ahí el tráfico.

Damien se relajó y habló con arrepentimiento.

-Lo siento. ¿Cómo te va en la granja'

La mirada de Lee se iluminó al oír la palabra «granja», porque el testamento de Cyril Delaney había producido un milagro en su vida Por alguna extraña razón, había dejado su propiedad de Plover Park, con veinticinco acres de terreno y un vivero, a Damien y ella conjuntamente, con la única condición de que no lo vendiesen en el plazo de doce meses. No solo le había proporcionado el sueño de su vida, sino que gracias a los beneficios del vivero los problemas económicos más inmediatos de sus abuelos estaban resueltos. La otra parte del milagro era que Plover Park estaba a diez minutos en coche de la casa de sus abuelos, en la zona donde ella había crecido y había ido a la universidad. Para ella había sido como volver a casa.

Además, su abuelo estaba encantado de poder ayudarla en el vivero.

-De maravilla -dijo ella sonriendo ampliamente- En ocasiones tengo que pellizcarme. El vivero está casi al cien por cien de la producción.

Damien pareció impresionado.

-¿Para qué querías verme con tanta urgencia? -le preguntó Lee distraídamente mientras observaba su ensalada.

Damien se preguntó si habría alguna manera amable de darle la noticia a aquella radiante muchacha.

-Ha surgido una complicación -dijo él lentamente, pero decidió que sena mejor acabar con ello cuanto antes- El testamento va a ser impugnado.

Lee lo miró atónita y palideció.

-¿Bromeas?

Damien negó con la cabeza.

-¿Sobre qué base?

-Sobre la base de que quizá presionamos a Cyril para que nos dejase ese legado.

-¡Pero no es así! ¡No teníamos ni idea de que eso ocurriría! -protestó Lee-. Tú lo sabes y yo también.

-Pero, desgraciadamente, Cyril ya no esta con nosotros para corroborarlo.

-¡Y tú solo me dedicas una hora de tu valioso tiempo para darme la noticia! –exclamó Lee. Damien se encogió de hombros.

-Estoy muy ocupado en estos momentos, y por lo que me diste a entender, tú también.

-¡Pero esto podría ser una catástrofe!

-Desde luego. Al menos para ti –concedió Damien.

-Entonces, como abogado, ¿cuál es tu opinión? ¿Tienen alguna posibilidad?

-Damien comió en silencio durante un rato, apartó su plato vacío y comenzó con el café.

-Por lo general, es legal hacer un legado en el testamento, siempre que tus herederos legales queden provistos. Uno de los herederos legales de Cyril ha decidido que no ha recibido lo suficiente y que Plover Park es legítimamente suyo.

-¿Quién?

-Su hermano. Una de sus razones es que Plover Park pertenece a la familia Delaney. Originadamente era de su abuelo y ha estado en la familia desde entonces. Y por el contrario, lo único que haremos nosotros con ello será venderlo dentro de doce meses y repartirnos los beneficios.

-Tiene razón, por duro que eso resulte en el futuro -dijo Lee sin pensar-- ¿Pero puede estar tan seguro?

Damien la observó durante un momento

-Cyril redactó una nota oficial explicando el extraño legado que dejaba.

-A mí me pilló totalmente por sorpresa –dijo Lee- Es lo último que yo habría esperado.

-Y me imagino que ninguno de los dos -continuo sardónicamente- pensamos en la explicación que dejó en su carta: que había formado la opinión de que estábamos hechos el uno para el otro y por lo tanto su mayor deseo era que el hecho de compartir la propiedad nos animase a casamos y disfrutar de Plover Park juntos.

-No te equivocas -accedió Lee- Casi me caigo de la silla cuando escuché el contenido de la carta. Pero...

- Como no hemos mostrado ninguna intención de disfrutar de

Plover Park juntos, Lee -interrumpió Damien-, el hermano de Cyril alega que engañamos a un anciano, que estaba prácticamente en su lecho de muerte, para que nos dejase la propiedad, ¿entiendes?

Lee parpadeó varias veces, y después, suspirando, se sirvió una taza de café.

-Tenía la sensación de que era demasiado bueno para ser verdad. Esa debe de ser la razón por la que siento ganas de pellizcarme tan a menudo.

-¿Crees que estás moralmente equivocada en cuanto a la interpretación del legado de Cyril? -preguntó él enarcando una ceja.

-Yo... Jamás sabré por qué dejó tal legado en primer lugar.

-Creo que al final llegaste a su corazón, Lee. Resulta obvio que te admiraba -dijo y un brillo de diversión se reflejó en sus oscuros ojos-. A pesar de las veces que acampaste a la puerta de su casa.

-Pues si es así, ¿por qué no me dejó Plover Park a mí exclusivamente? ¿Por qué tuvo que involucrarte?

Damien se encogió de hombros.

-Se estaba muriendo, era soltero, quizá se arrepintiese de no haber tenido hijos a quienes dejar su fortuna. ¿Quién sabe cuáles fueron sus pensamientos durante aquellos últimos días? O quizá... -dijo y entrecerró los ojos-. Quizá realmente pensase que estamos hechos el uno para el otro y que solo necesitamos un pequeño empujón en la dirección adecuada.

-¿Pero por qué iba a pensar eso? –preguntó ella aturdida-. Nuestro comportamiento no fue ni mucho menos el de dos enamorados.

Damien ladeó la cabeza e hizo una mueca con los labios.

-¡Qué razón tienes! Me pasé la mayor parte del tiempo intentando hacerte callar.

Lee se mordió el labio.

-Ya sabes lo que pensaba, y lo mucho que quiero a mis abuelos.

Algo en la mirada de Damien se suavizó por un momento, pero no dijo nada.

-¿Qué piensas al respecto? -preguntó Lee después de un rato.

-Existe una forma de aseguramos Plover Park.

-¿Cuál es?

-Casamos.

Lee lo miró atónita mientras asimilaba lo que acababa de oír. Pero enseguida recobró el juicio.

-Supongo que no sería un matrimonio de verdad.

-¿Te gustaría que así fuese?

Lee se humedeció los labios y lo miró atónita.

-Apenas nos conocemos. Estoy segura de que nunca lo habrías sugerido de no ser por las circunstancias. De hecho, creo que estabas bromeando -añadió con una mezcla de dignidad y fastidio-. Una broma, por cierto, de mal gusto.

Damien pareció divertido.

-No has contestado a mi pregunta.

Lee abrió la boca y después volvió a cerrarla.

-Desde luego que no -dijo finalmente.

-En ese caso, ¿quedaría totalmente fuera de la cuestión un matrimonio de conveniencia?

Ella lo miró con cautela.

-A conveniencia tuya -añadió él.

Lee bebió un poco de café. Parecía nerviosa.

-Pero sería extremadamente inconveniente para ti -le sugirió.

-Si los dos sabemos exactamente cuales son nuestras posturas, no veo por qué. De hecho, podría resultarme muy conveniente en un aspecto en estos momentos.

-¿Qué aspecto?

-Me vendría muy bien mudarme a Plover Park durante una temporada.

-¿Por qué?

-Dentro de poco tendré vacaciones, pero también espero abrir otra oficina en Byron Bay. Podría combinar ambas cosas, y de paso echar un vistazo a mi parte del trato.

En aquel momento Lee volcó su taza de café, aunque afortunadamente estaba vacía. Byron Bay estaba a media hora en coche de Plover Park

-¿Durante los diez meses que quedan hasta que podamos venderlo? -le preguntó febrilmente. Damien levantó la taza que ella acababa de tirar y le sirvió más café.

-No. Solo el tiempo que haga falta. Al menos el suficiente para despejar cualquier duda y demostrar que le estamos dando una oportunidad a los sueños de Cyril respecto a nosotros -dijo el irónicamente.

-No... no sé qué decir -tartamudeó Lee

-Pues esta sería la alternativa, Lee: juicios en los que yo no podría ejercer, ya que soy parte litigante y, aunque ganásemos, cosa no del todo segura, un camino largo y duro

Aquello silenció a Lee de manera efectiva mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Después frunció el ceño y habló, aunque de manera poco acertada.

-Todo parece encajar tan bien, que me parece sospechoso.

Lee frunció el ceño sin darse cuenta Aunque intentase simplificar sus pensamientos, en el fondo aun había una pequeña pero dolorosa cicatriz en lo que se refería a Damien Moore. La adquisición de Plover Park la había ayudado a dejar de pensar en él... ¡ y ahora esto!

-¿Sospechoso en qué sentido? -preguntó él finalmente.

-No lo sé. Es solo que parece todo tan perfecto... -dijo ella frustrada.

-Lo único que te estoy proponiendo es que compartamos el mismo techo, no la misma cama, si es eso lo que te preocupa -dijo él arrastrando las palabras.

Lee lo miró furiosa y se preguntó qué haría Damien si supiese exactamente por qué aquello la ofendía.

-No necesariamente la misma cama, a no ser que quieras reconsiderar esa parte -dijo él. Parecía que le hubiese leído el pensamiento.

-¡De ninguna manera! -exclamó ella y Damien esbozó una pequeña sonrisa.

-Desde luego, nunca dejas lugar a dudas respecto a tus emociones -dijo él.

Lee apretó los labios, pero interiormente suspiró aliviada.

-También... en ocasiones me agradas -añadió Damien encogiéndose de hombros.

-Si aceptase, cosa que dudo, ¿cuándo querrías mudarte a Plover Park?

-Dentro de un par de semanas.

-Así que tendríamos que... hacerlo... antes de esa fecha?

-Sí. Tendríamos que hacerlo antes –estuvo de acuerdo Damien-. Aunque no sería en absoluto comparable a ir a la silla eléctrica.

-Yo no he dicho eso -dijo ella gesticulando desesperada-. Pero necesito un poco de tiempo para pensarlo.

-¿Acaso hay que pensar muchas cosas, Lee? -le preguntó él, impaciente-. ¿Acaso no he defendido tus intereses hasta ahora?

Ella lo miró con incertidumbre y se preguntó si él se imaginaría cuál era su visión respecto a sus intereses: no permitirse tener sueños y esperanzas respecto a él. ¿Acaso no sería eso más difícil todavía si estuviesen casados, aunque solo fuese de manera platónica?

-Yo... -comenzó a decir, pero se detuvo.

Damien consultó su reloj y maldijo en voz baja.

-Lo siento, tienes razón. Últimamente estoy demasiado ocupado. Tengo que marcharme, pero piénsalo. Lee.

-No será por falta de espacio -dijo ella e inmediatamente pareció sorprendida.

El sonrió.

-¿En Plover Park? Cierto. Pero que no se diga que te he metido prisas -dijo y se puso de pie-. En serio, tengo que marcharme. Pagaré antes de salir. Te agradecería que me comunicaras tu decisión a su debido tiempo –añadió de manera formal, y Lee lo miró fijamente.

, -De acuerdo. Hasta luego.

Lo observó mientras él se alejaba. Sería justo decir que lo tenía todo: un aire de poder y fortuna, un toque de arrogancia y una fastidiosa falta de interés en los trastornos emocionales que provocaba en las mujeres.

Lee tomó su taza de café y se sobresaltó al escuchar una voz a su espalda que le hablaba.

-Comer juntos de vez en cuando no va a engañar a nadie, ¿sabes?

Un hombre se sentó en el asiento que Damien acababa de dejar libre.

-¿Quién eres y qué quieres? -preguntó Lee con altanería.

-Buenos días para ti también, señorita Westwood -replicó el hombre-. Soy Cosmo, el hermano de Cyril Delaney.

-¿Cómo? -exclamó Lee atónita, pero enseguida se dio cuenta de que había un incuestionable parecido entre los dos, aunque la mirada de aquel hombre resultaba inquietante.

-¿Eres la persona que va a impugnar el testamento?

-El mismo -accedió él.

-¿Acaso me estás siguiendo? ¿Por eso estás aquí?

-En absoluto. Es una pura coincidencia. Pero reconocí a Damien Moore y las piezas encajaron. Además, me pareció una ocasión ideal para hacerte saber que tengo intención de luchar contra el legado que conseguisteis de mi hermano mediante el engaño -dijo y sonrió de forma desagradable.

-¿Engaño? ¡Estás loco!

-¿De verdad? Él me prometió Plover Park, así que tal y como yo lo veo, entre los dos conseguisteis engañarlo para que os dejase la propiedad. Desde luego no me parece que seáis la enamorada pareja que él esperaba que fueseis.

Lee se puso de pie y habló de forma dramática.

-Tendrás noticias nuestras, Cosmo Delaney.

Después se marchó. A mitad de camino hacia su coche. Lee consiguió comenzar a calmarse y a pensar con tranquilidad. Hurgó

en su bolso en busca del teléfono móvil y marcó el número de Moore & Moore.

-Espero que tengas una buena razón –dijo Damien con frialdad al otro lado de la línea.

-¡La tengo! ¡Necesito hablar contigo!

-Ahora no puedo. Estoy en una reunión. Si es muy urgente nos veremos después del trabajo. ¡Maldita sea! -añadió inmediatamente-. Me han invitado a una fiesta esta noche, y de todos modos saldré tarde de trabajar, así que...

-¡Estupendo! -lo interrumpió Lee- Iré contigo a la fiesta, si es que no tienes pareja ya.

Hubo un silencio sepulcral por un momento.

-¿Perdona?

-He dicho que iré contigo. ¿Tienes pareja?

-No, pero...

-¿Habrá algún problema en añadir un invitado más a la lista? -le preguntó.

-Bueno... es un bufé al aire libre...

-Estupendo -repitió Lee-. Solo necesito un sitio donde esperar hasta entonces. ¿Podría utilizar tu apartamento?

De nuevo se hizo el silencio.

-Damien.

-¿Quieres ir a mi apartamento?

-Eso sería mejor que pasear toda la tarde. Además, necesito un sitio para cambiarme de ropa. Damien, si no me dejas, acamparé en la puerta de tu oficina. Es urgente.

-De acuerdo. Llamaré al portero para que te deje entrar. ¿Tienes algún vestido de fiesta?

A Lee le pareció que hablaba con bastante cautela y sonrió para sí misma.

-No. Pero tengo tarjeta de crédito. Haré un esfuerzo por no avergonzarte.

Un par de horas más tarde estaba en el lujoso apartamento de Damien. Tenía unas vistas magníficas sobre el río Brisbane y el centro de la ciudad.

Había estado allí en otra ocasión, cuando él la invitó a desayunar, pero le resultó igualmente impresionante que el primer día. Estaba decorado de manera exquisita. Consultó su reloj y vio que aún tenía unas cuantas horas por delante, así que se dio una vuelta por la casa, encendió la televisión y se tumbó en el sofá a ver una película. Incluso se quedó dormida.

Cuando despertó ya era de noche, pero aún disponía de una hora para arreglarse. Se dirigía a la habitación de invitados y de camino, pasó por el dormitorio principal. Se preguntó si su futuro marido de conveniencia llevaba allí a sus amantes. Delante de la puerta, dudó. El sentido común le dijo que Damien obviamente no vivía como un monje, y su conciencia le dijo que no debía hurgar, así que pasó por delante de la puerta con resolución. Pero no pudo matar toda la curiosidad. La habitación de invitados tenía su propio cuarto de baño, que según descubrió, contenía la respuesta a sus preguntas.

No solo había un juego completo de perfumes caros, sino que también había una bata y un camisón a juego colgados en la pared. El camisón era de seda y encajes, muy insinuante. Lee enarcó las cejas e intentó imaginarse a la dueña de aquellas pertenencias. Al medirse contra el camisón, se dio cuenta de que debía de ser alta, y con más curvas que ella va que era una talla más grande. Busco el cepillo del pelo y vio que era una mujer morena. Después, se probó un carmín color rojo cereza También encontró un pintauñas a juego. En definitiva, era una mujer alta, morena y tremendamente atractiva, lo cual no era de extrañar con el imponente físico de Damien.

También sería abogada...

Entonces pensó que quizá hubiese ropa de aquella mujer en el armario de la habitación. Efectivamente era así, y, aunque no había demasiadas prendas, las que vio confirmaron su impresión de que debía de ser una mujer con una buena carrera profesional. Los trajes de bonitos colores, estaban cortados a la perfección y eran muy formales. Lee se miro a si misma con una mueca, pero enseguida recordó las bolsas con sus compras y fue al recibidor a buscarlas.

Pero una vez en la habitación, y con el vestido que se había comprado entre las manos, se sentó en el borde de la cama. ¿Estaba realmente preparada para casarse con Damien Moore para no perder el legado de Cyril Delaney?

¿Y en qué parte de todo aquello y de la intención de Damien de mudarse a Plover Park

entraba la mujer que guardaba su ropa en la habitación de invitados de Damien?

Una hora más tarde estaba lista.

El vestido le quedaba como un guante. Llevaba recogido el pelo de forma muy elegante y se había pintado los labios y las uñas del

mismo color. Una sorprendente metamorfosis de la muchacha que había almorzado con Damien aquel mismo día.

Se preguntó, no sin mordacidad, qué opinaría Damien de aquel cambio. Y apenas tuvo que esperar unos minutos para oír la llave girar en la cerradura…

Capítulo 3

SANTO Cielo! -exclamó Damien, y se detuvo en seco a mitad del salón.

-No es el tipo de cumplido que esperaría de un abogado, pero ha sido muy expresivo -consiguió decir Lee con labios temblorosos-. Creo que te he sorprendido.

Damien parpadeó mientras observaba el estrecho vestido negro que Lee se había puesto; la escasa tela se ceñía con fuerza a su cuerpo. El corpino, con forma de corazón, dejaba a la vista un seductor escote. La falda le quedaba muy por encima de las rodillas, llevaba sandalias negras de tacón y las piernas sin medias.

El vestido hacía justicia a su esbelto y bronceado cuerpo; un cuerpo bastante más seductor de lo que él se había imaginado. El escaso maquillaje que se había puesto, era perfecto. Desde luego, pensó Damien, parecía salida de las páginas de la revista Vogue.

-¡Menudo cambio! -dijo él finalmente.

-Soy jardinera, ¿recuerdas? Hace falta una ocasión muy especial para que me arregle. ¿Sería demasiado pedir tu aprobación?

-¿Te molestaría que no te la diese? -preguntó él y comenzó a dar vueltas a su alrededor.

-No -contestó Lee. Pero obviamente la molestaría, aunque no iba a permitir que él se diese cuenta.

Tampoco le gustaba que la inspeccionase como si fuese un trofeo. Aquello le puso los nervios de punta y le hizo sentir que le habría dado igual estar desnuda.

-Me gustaría saber si estoy a la altura de tu fiesta.

Damien se detuvo frente a ella y sonrió.

-Creo que estás estupenda, señorita Westwood. A la altura de cualquier ocasión. Me doy cuenta de que tu forma de vestir me ha hecho malinterpretarte, por lo que te pido disculpas por el inapropiado comentario que hice durante el almuerzo.

Lee se mordió el labio e hizo un esfuerzo por no sonrojarse al ver que él paseaba la mirada por todo su cuerpo.

Se dio cuenta, aunque demasiado tarde, de que el comentario que él había hecho sobre su figura había permanecido en su subconsciente y había sido la razón de que se hubiese puesto aquel vestido. Una subliminal necesidad de demostrarle un par de cosas. Quizá estuviese delgada, pero no estaba en los huesos.

-Me alegra oírlo, Damien -dijo ella después de pensarlo-. Pero te he preguntado si estaré a la altura de tu fiesta. Esta noche tengo que llamar la atención como tu futura esposa.

-No cabe duda de que así será -dijo Damián irónicamente-. Pero ¿a qué se debe este repentino cambio de opinión?

-Ya sé que me dijiste todo esto, pero estar cara a cara con Cosmo Delaney y escuchar cómo decía que Cyril le había prometido dejarle Plover Park me hizo recapacitar.

Damien se quitó la chaqueta y la corbata y las dejó sobre el respaldo de una silla.

-Ya veo -comentó Damien.

-Cosmo Delaney me da escalofríos –dijo Lee.

-¿Crees que oyó nuestra conversación?

-No. Si hubiese estado tan cerca estoy segura de que lo habría sentido. Pero no pareces muy alterado -dijo Lee frunciendo el ceño, y Damien se encogió de hombros.

-Me paso la vida tratando con este tipo cosas. Además, he tenido un día muy duro -añadió, y abrió el mueble bar-. ¿Te apetece tomar una copa?

-No. Gracias -contestó Lee con frialdad-. Obviamente el ser rico te da una perspectiva diferente. Plover Park no significa tanto para ti como para mí. De hecho, no creo que signifique nada para ti -sentenció furiosa, y clavó en él sus ojos verdes furiosa.

Damien se sirvió un whisky y se sentó en el sofá.

-Al contrario. Lee -murmuró, mientras estiraba las piernas y la observaba perezosamente-. Si alguien consiguiese demostrar que entré en el testamento de Cyril de manera fraudulenta, ya puedo despedirme de mi carrera profesional.

Lee lo miró fijamente y se sentó en un sillón. -Entonces, ¿por qué no estás más disgustado?

-Antes de darte ninguna explicación, quisiera puntualizar algo. En estos momentos, lo más fácil para mí sería retirar mi demanda sobre Plover Park.

Lee abrió la boca y lo miró incrédula.

-No necesito la casa -continuó él-. No tendría por qué molestarme con todo esto. Y aunque tengo intención de seguir adelante, deberías tener esto en mente.

Lee se puso de pie repentinamente y se acercó al mueble bar para servirse un coñac. Damien la observó divertido.

-No sé qué decir -confesó ella cuando volvió al sillón.

-Bien. Entonces quizá me escuches sin interrumpirme. La razón por la que sigo adelante es que admiro la forma en que has luchado por defender a tus abuelos. Yo no presioné a Cyril de ninguna manera para que nos incluyese en el testamento. Además, a Cosmo

le dejó una buena herencia. Por todo ello, seguiré adelante.

-¿Eso es todo? -preguntó Lee.

Damien sonrió levemente.

-¿Estás segura de que quieres hacerlo? –le preguntó él.

-Un matrimonio de conveniencia, nada más. Durante los próximos diez meses.

-Sí. Lee, no albergo oscuras intenciones hacia ti, créeme -dijo él, un tanto sombrío.

Lee apretó las manos e inspiró profundamente.

-Te creo.

-De acuerdo. Espera un momento.

Damien salió de la habitación y volvió enseguida con una pequeña caja de terciopelo, que entregó a Lee.

-Se me acaba de ocurrir que podemos anunciar nuestro compromiso, tras un fugaz pero intenso romance, esta noche en la fiesta.

Lee lo miró a él primero y después a la caja.

-Ábrela.

Al hacerlo. Lee se encontró con un diamante pequeño pero excepcionalmente puro. Se quedó boquiabierta y lo miró de nuevo a él.

-¿Qué es esto?

-Lo que parece. Un anillo de compromiso

-dijo él secamente.

-Pero ¿cómo es que tienes un anillo así, de repente? Quiero decir que...

-Hace años que lo tengo -la interrumpió él-. Me lo dejó una tía mía en herencia. Pruébatelo.

Por un instante. Lee sintió deseos de decirle que eso lo debería hacer él. Pero tragó saliva y se dijo que estaba loca. Se puso el anillo en la mano izquierda y lo miró. Le quedaba perfectamente.

-Es... precioso.

Damien observó su estilizada mano pero no hizo ningún comentario. Se disculpó para ir ducharse y cambiarse de ropa.

Quince minutos más tarde, y después de ponerse de acuerdo en la historia que iban a contar, Damien y Lee tomaron el ascensor para subir a la terraza del apartamento donde se celebraba la fiesta.

-¡ Damien, cariño!

Elisa Patroni, la anfitriona, a la que Lee reconoció por haberla visto en fotos de revistas, pareció genuinamente sorprendida al ser presentada a la prometida de Damien. Pero no tardó en recuperarse,

y enseguida Lee se encontró a sí misma envuelta en un caftán de seda, color ámbar, mientras la voluminosa Elisa la abrazaba.

-¡Chica lista! -le dijo Elisa-. Muchas han intentado llevarlo al altar, pero a ninguna se le había ocurrido hacerlo en secreto. ¡Estoy segura de que esa ha sido la razón de tu éxito!

Damien enarcó una ceja al escuchar aquel comentario completamente falto de tacto, pero no dijo nada.

Después de anunciar el compromiso, brindaron y bailaron, y finalmente Lee le pidió a Damien que la llevase a casa.

-Será un placer -contestó él y la abrazó y besó con suavidad, ante lo cual recibieron los aplausos de los demás invitados.

-¡Nunca había estado en una fiesta igual!

Lee estaba de pie en medio del salón quitándose las sandalias.

Damien le puso una copa de champán en la mano, y, después de observar las burbujas. Lee bebió un poco. Estaba delicioso.

-Estuviste inspirada -murmuró él-. Anunciaste el compromiso de manera alta y clara.

-Pero solo porque recordé algo que me dijiste -dijo ella y Damien la miró inquisitivo-. Si vas a hacer algo, es mejor hacerlo bien.

Él observó su esbelta figura vestida con aquel maravilloso vestido negro, los mechones de pelo húmedos que le caían alrededor de la cara y la vulnerabilidad de su largo cuello.

-Por otra parte, tengo la impresión de que algo te incomodó.

Lee se encogió de hombros y bebió un poco más de champán.

-Me di cuenta de que la gente se preguntaba qué era lo que tenía yo para estar a tu altura.

-¿Por ejemplo?

-No hace falta que te diga que no hay mucho más aparte de lo que se ve. No juego al golf, no tengo un Porsche, no soy la dueña de caballos de carrera ganadores, mi madre no es jueza... lo que me recuerda el tema de ir a ver a tu madre mañana.

-Dejemos eso de lado por el momento. A la mayoría de mis amigos les da igual lo que tengas o dejes de tener. Se basan en tu personalidad, y en si estamos enamorados o no, para juzgarte.

Lee se dejó caer de repente sobre un sillón.

-Pero no lo estamos.

Damien estuvo en silencio un rato.

-¿Alguna vez has estado enamorada?

-Creo que no -dijo ella después de terminar su champán-. He pasado por las fases típicas en un par de ocasiones, pero sinceramente creo que hay demasiada presión por ambas partes de

la pareja y por la influencia extema. Y creo que esa situación es la responsable de la opinión que uno tenga en estos asuntos.

Damien sonrió levemente.

-Suenas como una jueza. Pero tienes razón.

-Gracias. ¿Y tú?

-Yo también he pasado por ello en alguna ocasión. Hasta ahora, ninguna de mis relaciones había dado frutos -añadió sonriendo.

Ella lo miró y se mordió la lengua para no hacerle la pregunta que estaba deseando hacer. ¿Dónde estaba en aquel momento la guapa mujer morena con la que estaría atravesando una de esas fases?

-En cuanto lo de ir a ver a mi madre mañana, yo...

Lee se puso de pie y lo interrumpió con determinación.

-Damien, estoy muy cansada. ¿Te importa que me eche en el sofá del cuarto de estar?

Damien la observó impasible.

-¿Cuál es el problema con la habitación de invitados?

-Me... me... sentiré mas a gusto en el cuarto de estar...

-Lee. No voy a aprovecharme de ti. En cualquier caso, daría igual que estuvieses en cualquiera de las dos habitaciones... si tuviese tales intenciones.

Lee levantó la barbilla.

-No es eso. Es que a veces tengo insomnio, y cuando me pasa, me pongo a ver la televisión. Así podría hacerlo sin molestarte.

Damien la miró fijamente.

-Verás, he vivido bastantes años en un apartamento muy pequeño; tenía un sofá-cama y bueno... me acostumbré a quedarme dormida con la televisión encendida.

-¿Por qué hablas sin sentido. Lee? -le preguntó, y ella se sonrojó.

-De verdad, estoy muy cansada. Y además no quiero ir a ver a tu madre mañana.

-De acuerdo. Hablaremos de eso por la mañana. Puedes dormir donde quieras; te daré una almohada y una manta. ¿Tienes camisón?

-No.

-Espera. Te traeré algo.

Lee se revolvió para sus adentros, pero Damien le trajo una de sus camisetas blancas, no el camisón de seda que había visto antes.

-Gracias -dijo ella humildemente-. Siento causar tantas molestias.

-Eres un chica extraña. Muchas veces daría lo que fuese por saber qué ocurre detrás de esos ojos maravillosos que tienes.

Lee entreabrió la boca y lo miró. Se sintió atrapada bajo el poder que Damien Moore tenía sobre ella cuando quería. Hasta aquel día, pensó, le había ocurrido lo mismo aunque sin necesidad del contacto físico; hasta entonces había sido capaz de ocultar el efecto que provocaba en ella. Sin embargo, aquella noche, la proximidad física lo hacía mucho más potente.

Había visto otra cara de él; la de una persona encantadora, con sentido del humor, que hacía que su compañía fuese prácticamente irresistible.

Y en aquel momento en que se sentía exhausta, pensó que no podía haber nada mejor que derretirse en sus brazos y dejar que la llevase a la cama...

Lee cerró los ojos y sintió cómo él le acariciaba el cuello con los dedos. El efecto fue maravilloso: relajante a la vez que excitante, y se preguntó cómo podía sentirse cansada y sexy al mismo tiempo. No tenía ninguna duda de que algo tan sencillo y especialmente íntimo como sentir sus dedos en el cuello le provocaba escalofríos.

Unos deliciosos temblores le recorrieron el cuerpo. Temblores de anticipación que estaban estrechamente unidos a la idea de intimar más con Damien Moore.

La anticipación del tacto de sus manos sobre sus pechos; de un estrecho abrazo contra aquel musculoso cuerpo; del momento en que un hombre al que encontraba fascinante le hiciese el amor, aunque estuviera al final de una larga lista de mujeres...

Abrió los ojos de par en par y reconoció la inconfundible pregunta en los ojos de él.

«Haz lo que quieras, Damien. Hazme el amor; hazme reír, hazme llorar, incluso cantar si quieres. Porque muy dentro de mí, sé que es así como lo harías...».

Lee tragó saliva y suspiró.

-Me voy a acostar -le dijo.

Damien hizo una mueca con la boca y sus ojos brillaron en lo que por un momento a ella le pareció admiración.

-De acuerdo -le dijo y la besó en los labios-. Duerme bien.

Como era de esperar, no durmió bien, aunque al amanecer cayó en una profunda somnolencia.

Y a las diez de la mañana del sábado estaba sentada en el Porsche, junto a él, sin pronunciar palabra, de camino a casa de la madre de Damien.

Capítulo 4

GIMOTEAR no va contigo. Lee.

Damien arrancó el coche y se pusieron en marcha.

-Ir de duro tampoco va contigo, Damián -contestó Lee sin mirarlo.

El la miró de reojo y sonrió de manera ausente al ver que su expresión era dura, aunque al mismo tiempo su perfil era delicado. Y posiblemente debido a que aún estaba muy pálida, se le notaban las pecas más de lo normal aquella mañana.

Llevaba el pelo suelto y Damien se dio cuenta de que con toda probabilidad se tomaba menos molestias con él que cualquiera de las mujeres a las que conocía. Unas veces lo llevaba recogido en una coleta y otras veces se hacía un moño, pero normalmente lo llevaba suelto.

¿Sería aquella la razón por la que aquella mañana, cuando finalmente la despertó, incluso con cara somnolienta, tenía un aspecto maravilloso?

Se había puesto un vestido y zapatos nuevos, lo cual había sido otra causa de distensión entre ellos.

De repente. Lee se volvió hacia él, incapaz de contener sus emociones por más tiempo.

-¿Qué le diremos? -preguntó angustiada.

-La verdad -contestó Damien con frialdad.

-¿Ah sí? -espetó ella mirándolo furiosa-. ¡Seguro que le encanta! Y seguro que pensará que yo te he embaucado de alguna manera.

Damien se metió por una calle de Ascot, un barrio residencial de Brisbane, con vistas al río y unas maravillosas casas antiguas.

-Con mi madre nunca se puede saber. No se sorprende con facilidad.

-Supongo que por eso es jueza –replicó Lee.

-Quizá.

Damien se metió por un camino de entrada a una casa y detuvo el coche.

Lee observó la casa que tenía delante y se quejó en voz alta. Damien pasó un brazo por encima de sus hombros y enarcó una ceja.

-¿Qué ocurre?

-¡Debí habérmelo imaginado! ¡Esto ha ido demasiado lejos! Para empezar, me quitas las llaves del coche mientras duermo, lo que es como tenerme secuestrada.

-Pensé que nos ahorraría una discusión, eso es todo.

Damien la miraba con calma y Lee solo pudo mirarlo furiosa.

-Y ahora -continuó ella-, tengo que enfrentarme a una jueza que, por lo que parece, vive en una casa de patrimonio histórico de Brisbane, y que probablemente se desmaye cuando se entere de que soy su futura nuera.

-La casa no es patrimonio histórico, aunque es bastante antigua.

Lee observó la elegante casa de ladrillo rojo visto, por la ventanilla del coche. Tenía dos pisos, unas impresionantes chimeneas, ventanas de celosía y estaba rodeada de un extenso terreno.

-Si la casa te impresiona, al menos vas vestida para la ocasión -dijo él.

-¡No es cierto! -gritó Lee, pasándose las manos por el vestido-. Parece que voy de fiesta, y no a desayunar. Tu madre pensará que soy una loca -añadió agarrándose el escote con forma de corazón.

-Si te hubiese dejado venir con los pantalones vaqueros, las botas y tu bolso, habría pensado que el loco soy yo -contestó Damien.

Lee movió la cabeza frustrada.

-¿Sabe algo del testamento de Cyril?

-No. Ha estado seis meses fuera del país.

-¿Y esta es la primera vez que la ves desde que volvió?

-Sí.

-¡Eso me hace sentir mejor! -exclamó Lee con ironía-. No hay forma de que demos media vuelta y nos marchemos, ¿verdad?

-No. Además, no puedo dejar que se entere por medio de la prensa. Tú piensa en Cosmo Delaney. Eso te ayudará.

-¡Tu prometida! -exclamó Evelyn Moore, poniéndose una mano sobre el corazón mientras tomaba asiento.

Lee inspiró profundamente y miró a su alrededor. La habitación en la que estaban parecía salida de otra época. Unas cortinas de terciopelo granate cubrían las ventanas y una alfombra estampada se extendía en el suelo. Todo el mobiliario era de madera de caoba y nogal, y en las paredes colgaban láminas que mostraban la ciudad de Brisbane en sus inicios.

Lee pensó que se habría conservado todo aquello como testamento de la historia de la casa, porque nadie en su sano juicio decoraría una casa de aquella manera, y dudó entre pensar que la madre de Damien era una amante de la historia o sencillamente un poco excéntrica.

Lee miró de nuevo a Evelyn Moore; debía de tener sesenta y

pocos años. Tan alta como su hijo, tenía un bonito pelo cano y los mismos maravillosos ojos oscuros que él. Era de constitución fuerte y su aspecto en general era el de una mujer autoritaria. Llevaba unos pantalones de lino, de color azul marino y una camisa de color azul eléctrico metida por dentro. En su mano izquierda lucía un anillo con un zafiro de gran tamaño.

Sin ninguna dificultad. Lee se la imaginó con toga negra y peluca, presidiendo un tribunal. Con elegancia y seriedad.

Sin embargo, la noticia del compromiso parecía haber aturdido a Evelyn por completo.

-No me lo creo -dijo la madre en un susurro-. ¿Quién es esta mujer y cuándo sucedió? ¿Y qué pasa con Julia?

Lee lanzó a Damien una mirada de «ya te lo dije», pero la respuesta de este la sorprendió.

-¿Por qué estamos en esta habitación? -preguntó Damien con tranquilidad-. La llamábamos «la cámara de las torturas» -comentó a modo de información.

Evelyn miró a su alrededor sin saber qué pensar.

-Sabes que tu padre insistió en que la conserväsemos tal cual.

-Sí, pero ¿desde cuándo recibimos aquí a los invitados?

-Yo... -dijo Evelyn e hizo un esfuerzo por mirar a Lee-. Creo que he debido de tener algún tipo de premonición de que esto iba a resultar difícil.

-Señora Moore -dijo Lee hablando por primera vez desde que llegaron-. Es un matrimonio de conveniencia. Si le soy sincera, yo tampoco estaba segura al principio, pero si deja que Damien se lo explique, se tranquilizará un poco.

Los ojos de Evelyn recorrieron el vestido de Lee, desde el generoso escote, pasando por la corta falda, las piernas sin medias y los tacones. Pareció estremecerse ligeramente.

-De acuerdo. Pasemos al cuarto de estar, pero será mejor que tengas una buena razón, Damien.

Lee se sentó junto a la ventana y observó el jardín mientras Damien le explicaba a su madre los motivos de la próxima boda.

-Pero ¿por qué iba a imponer una condición así? -preguntó su madre cuando Damien terminó-. No tiene ningún sentido.

-Eso me pregunto yo -murmuró Lee.

-¡Pero no lo has rechazado! ¿Por qué accediste a casarte con Damien? -le preguntó con acritud.

-Fue idea mía -contestó Damien-. ¿Sería una taza de café demasiado pedir?

-¡Pues sí! Pero a mí puedes servirme una tónica con ginebra.

Necesito tomar una copa.

-Desde luego -contestó Damien y salió de la habitación.

-¡Debe de haber otra razón para una condición tan absurda! -exclamó Evelyn con vehemencia, mirando a Lee-. No eres su tipo de mujer en absoluto. Al menos no con la que él se casaría -añadió mientras estudiaba de nuevo el atuendo de Lee.

-Gracias -dijo Lee educadamente-. No la aburriré con los detalles, pero no suelo vestir así. De todos modos, tiene razón: no soy la clase de mujer con la que su hijo se casaría.

-¿Entonces? -quiso saber Evelyn, y la miró de manera apremiante.

-La única razón por la que lo hago es para ayudar a mis abuelos -contestó Lee y le explicó con más detalle todo lo sucedido.

-Debías de estar loca si pensabas que Cyril haría algo así -dijo Evelyn incrédula.

-Aún no hemos resuelto ese pequeño misterio -contestó Lee con sequedad.

-¿A qué te dedicas exactamente? -le preguntó Evelyn con indudable desprecio.

-Soy jardinera y decoradora de exteriores. De hecho, creo que es un buen momento para podar su Strelitzia. Dentro de unos meses tendrá unas flores muy bonitas. Y otra cosa, ¿se ha fijado usted en que hay muchas personas que son alérgicas a las esporas del helécho? Me ha parecido ver que tenía algunos, y están demasiado cerca de la casa.

Evelyn, que paulatinamente se había ido quedando boquiabierta con el aleccionamiento de Lee, cerró la boca justo cuando Damien regresó a la habitación portando una bandeja de plata.

-Veo que ninguna da su brazo a torcer -comentó él con un destello de malicia en los ojos-. Debo decirte, mamá, que es muy difícil ganarle una discusión a Lee.

Evelyn movió la cabeza distraídamente, tomó el vaso que su hijo le ofrecía y bebió un poco.

-¿Cómo quieres que te de mi bendición, Damien?

Por un instante, los ojos de Damien se mostraron impacientes, pero habló con calma.

-No es un acontecimiento que necesite una «bendición». Es una transacción mercantil. Pero, por si sirve de algo, tengo entendido que conocías a Cyril, y según él mismo dijo, te admiraba.

Evelyn lo miró boquiabierta; después se sonrojó.

-Sí. Lo conocía. Él... creo que yo... -empezó a decir, pero se detuvo. No sabía cómo seguir.

-¿Le gustabas? -sugirió su hijo-. Desde luego tenía buen gusto -añadió al ver que su madre se sentía avergonzada-. ¿Dirías también que no se le podía reprochar ninguna falta? -continuó Damien.

-Sí. Bueno, en ocasiones tenía un sentido del humor un tanto peculiar, pero...

-Pero no te habrías imaginado que fuese a imponer una condición tan estrafalaria en su testamento, ¿verdad?

-No -dijo Evelyn con firmeza, e inmediatamente se dio cuenta de la trampa-. Quiero decir... -quiso añadir algo, pero se detuvo, frustrada.

-Por alguna razón -intervino Damien-, quería que nosotros, más bien Lee, tuviésemos Plover Park. Creyó, además, que ella necesitaría a alguien que la ayudase. Quizá incluso se imaginó que alguien podría oponerse. Por cierto, ¿conoces a Cosmo Delaney?

-No -dijo Evelyn rápidamente-. Pero no pondría en duda que Cyril quisiese incluirte en su testamento, al igual que a Lee -añadió-. Tú eres mi hijo y... Cyril nunca se casó.

Evelyn jugueteó nerviosamente con su zafiro, sin dejar de mirarlo.

Por un momento. Lee desconectó de la conversación mientras pensaba en cómo Cyril Delaney había procurado dejar un seguro de vida para Evelyn, y se sintió repentinamente aliviada, porque de ser las cosas tal y como Evelyn había dado a entender, el testamento tendría algo más de sentido.

Damien miró a su madre fijamente durante un rato. Después se quedó callado con la mirada perdida.

-De cualquier manera -dijo retomando la conversación-, eso es lo que voy a hacer. Cuando pasen los doce meses. Lee y yo podremos disolver el matrimonio.

-Y para que se quede tranquila, señora Moore, por lo que a mí respecta no tengo ningún otro interés en Damien -dijo Lee y lanzó una rápida mirada de aviso a Damien.

-Supongo que en ese caso... –comentó Evelyn y se encogió de hombros con una elocuencia que dejaba patente el desagrado que sentía por la idea.

-El otro punto a tener en cuenta –reflexionó Damien-, es que Lee ha pasado de ser una persona sin apenas recursos económicos a ser una mujer adinerada.

-¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Lee.

Damien la miró con seriedad, pero de repente sonrió.

-No tengo ningún problema en compartir Plover Park contigo. Lee. Pero no quiero tener que enfrentarme con otros hombres que

podrían poner en peligro nuestra sociedad.

Lee se quedó boquiabierta.

-¿Quieres decir que...?

-Lo que quiero decir es que nuestros intereses en Plover Park podrían sufrir dificultades si de repente metes en tu vida a un hombre que yo no apruebe.

Lee cerró la boca con un chasquido al tiempo que Evelyn habló.

-Supongo que tienes razón -apuntó esta juiciosamente.

-Ayer no hablamos nada sobre esto –se quejó Lee.

-Pensé que no lo entenderías.

-¡Exacto! No soy una chiquilla ingenua. No puedo creer lo que estoy oyendo.

-No sería la primera vez que ocurre -intervino Evelyn con sequedad.

-¡Esto es demasiado! Primero él me roba las llaves del coche, después usted me trata como si fuese algo despreciable...

En aquel momento y para evitar que siguiese con la letanía, Damien le ofreció una ginebra y después sacó las llaves del coche de Lee de su bolsillo y se las entregó.

-Ahí tienes. Eres libre de hacer lo que quieras.

-¿Puede alguien explicarme qué está pasando? -inquirió Evelyn con voz martirizada, y Damien se volvió hacia ella.

-Tuvimos una pequeña disputa de voluntades esta mañana. Nada más. Entonces, ¿creéis que seréis capaces de alcanzar algún tipo de entendimiento, al menos en lo que se refiere a jardines?

-¿Y bien? -preguntó Damien a Lee en el coche de vuelta a casa-. ¿Qué te ha parecido?

-Nos llevamos... bien -contestó Lee.

Cuando llegaron al apartamento de Damien, este se metió en el garaje para aparcar. Apagó el motor pero no hizo amago de salir del coche, sino que se volvió hacia ella para mirarla.

Lee se movió intranquila en su asiento. Quizá tuviese algo que ver con la forma en que ella iba vestida, porque desde luego, el vestido que llevaba no era de mucha ayuda, ya que dejaba la mayor parte de su cuerpo expuesto a la mirada de Damien. De repente, las vibraciones que había entre los dos en el confinado espacio del coche se cargaron de sensualidad y tensión.

Damien la miró con los ojos entrecerrados y deslizó un brazo por encima de sus hombros, acariciándole el cuello con los dedos.

Lee tragó saliva, pero no era capaz de apartar los ojos de él y no

podía controlar el temblor que sacudía su cuerpo.

-Creo que antes te he hecho enfadar -dijo él con suavidad, mientras posaba la mirada sobre el escote de Lee.

Ella parpadeó y apretó las manos al tiempo que los dedos de Damien bajaban por un lado de su cuello hacia el valle que había entre sus pechos. Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en lo que él acababa de decir, pero el esfuerzo fue en vano y solo pudo mirarlo aturdida.

-Cuando dije que podías ser presa fácil de hombres en busca de fortuna si no te casas conmigo -explicó él-. No es tan raro como tú crees. Lee. Si es alguien que sabe lo que está haciendo.

De repente. Lee comprendió. Allí estaba ella, sentada como una temerá asustada mientras él exploraba su cuerpo cada vez con más intimidad. Aunque quizá la comparación con una temerá asustada no fuese correcta, porque en aquel momento se sentía viva por la expectación y todo tipo de sensaciones maravillosas se habían apoderado de ella. ¡Pero qué injusticia! pensó con acritud.

Allí estaba Damien, intentando demostrarle que era una mujer joven e impresionable, que cualquier hombre podría manejar, y la única explicación que podía ofrecer en su defensa era la última que podía dar. ¡Ningún otro hombre podía hacerla sentirse de aquella manera!

La respiración de Lee se tomó entrecortada, y justo en el momento en que hacía acopio de todas sus fuerzas ante la certeza de que él la besaría, consumida por el miedo a no ser capaz de resistirse, él se apartó de ella y se irguió en su asiento.

-Ya es suficiente -murmuró él, y abrió la puerta del coche.

-¿Cómo? -preguntó ella incautamente, debido a la sorpresa.

El la miró por encima del hombro mientras salía del coche.

-Revolcarse en un coche resulta un poco infantil, pero si es lo que quieres...

-¡Me moriría antes que besarte! -dijo ella intentando controlar su voz.

-¿Entonces no te importará que continuemos arriba? -preguntó él enarcando las cejas-. Estoy esperando una llamada.

Lee salió del coche, sintiéndose totalmente humillada mientras luchaba contra el creciente deseo de sacarle los ojos.

Mientras subían en el ascensor. Lee aún respiraba de manera entrecortada y no había perdido el color en las mejillas provocado por la ira, pero Damien parecía completamente relajado, apoyado contra la pared del ascensor y mirándola sin importancia.

-Recogeré mis cosas y me marcharé –dijo ella fríamente mientras

Damien abría la puerta.

-No tengas prisa. ¿No prefieres cambiarte de ropa primero?

Lee chasqueó la lengua y se miró a sí misma, furiosa.

-De acuerdo.

-Prepararé café mientras tanto.

-No tengo intención de quedarme tomando café contigo durante horas -lo avisó-. Tengo que volver al vivero; no pensaba que fuese a estar tanto tiempo fuera.

-Intentaré ser lo más breve posible -contestó él seriamente.

Lee se dio media vuelta y se dirigió furiosa hacia la habitación de invitados.

Después de cambiarse, miró a su alrededor. Si tal y como Evelyn le había dado a entender, la última relación sentimental de Damien había acabado de manera estrepitosa, ¿a quién pertenecía entonces la ropa y el maquillaje que había en aquella habitación?

Sin saber qué pensar. Lee recogió sus bolsas y salió de allí, con la determinación de borrar aquella habitación y sus contenidos de su mente.

Lee encontró a Damien en el estudio.

-¿Sobre qué querías hablar e intentarías ser breve? -le preguntó mientras se sentaba y consultaba su reloj.

-¿Seguimos adelante con la boda? Si es así, ¿dónde y cuándo?

-Yo... -dijo ella jugueteando nerviosa con su anillo de compromiso-. No lo sé.

-¿Aún te lo estás pensando?

-Lo único que pienso es en que todo queda muy bien sobre el papel. Pero por ejemplo, ¿qué ocurrirá cuando tú te mudes a Plover Park? Te aburrirás, es demasiado tranquilo. ¡Es el campo! -Lee suspiró y se sirvió una taza de café-. Me gustaría encontrar otra manera de hacer esto.

-Múdate tú aquí -dijo él.

Ella lo miró completamente aturdida y sin palabras.

-No hay otra forma de hacerlo. Lee.

-Entonces lo dejo todo en tus manos para preparar la boda. Pero por favor, nada de iglesias -dijo ella en voz baja.

-De acuerdo. Probablemente tarde un par de semanas en organizarlo todo. Te agradecería que pudiésemos celebrarla aquí. Voy a estar hasta el cuello de trabajo.

Lee sonrió para sí misma y de repente se preguntó cómo iba a contárselo a sus abuelos.

Quizá lo mejor fuese dejar las explicaciones para después de los acontecimientos.

-Sí. La celebraremos aquí -dijo ella y miró a su alrededor-. Pero no me culpes a mí si acabas odiando Plover Park -lo avisó y, después de recoger sus bolsas, se puso de pie.

-En realidad tengo ganas de ir allí. Necesito un descanso -dijo Damien sorprendiendo a Lee con el comentario.

-Entonces, hasta que nos volvamos a ver -se despidió ella, con todo el desdén del que fue capaz mientras se dirigía hacia la puerta.

-Odio destrozar tu marcha de aquí. Lee -dijo levantándose con tranquilidad-, pero no puedes salir del garaje sin mi llave. Te acompañaré abajo.

Ella cerró los ojos frustrada y Damien sonrió y se acercó para agarrarla de la mano.

-Supongo que no tienes un buen día hoy.

-Sí. Supongo que sí -contestó con tristeza.

-No te preocupes. Las cosas solo pueden mejorar.

Ella lo miró y cuadró los hombros, aunque enseguida volvió a hundirlos.

-Lee -dijo Damien con suavidad-, te marchas a casa con tu vivero.

-¡Claro! -dijo ella con la voz ronca y, para horror suyo, secándose un par de lágrimas-. Lo siento. Creo que me he llevado demasiadas sorpresas en poco tiempo. No suelo llorar -añadió sacando un pañuelo del bolsillo para limpiarse-. ¡En marcha! -exclamó ella con súbita energía

Pero Damien no se dirigió inmediatamente al garaje. La abrazó por la cintura y apoyó la barbilla sobre su cabeza por un momento.

-No te preocupes. No dejaré que Cosmo te haga daño -dijo Damien con suavidad, y la besó en los labios.

Lee se quedó paralizada. No rechazó el beso, aunque tampoco se lo devolvió porque terminó antes de que pudiese hacer nada más que sentirse inundada, mental y físicamente, por una poderosa sensación de deseo de estar en los brazos de Damien Moore; de quedarse en su apartamento y experimentar toda la magia que supondría ser su amante...

Pero él se apartó de ella y habló enigmáticamente.

-Vamonos. Aún tienes que recorrer un largo camino.

Resultó ser un viaje más largo de lo previsto, ya que Lee tomó el desvío equivocado y tuvo dificultades para encontrar un cambio de sentido en la autovía.

«¡Concéntrate!», se ordenó. «Te comportas como una quinceañera, y él no siente lo mismo que tú».

Unos días más tarde recibió una nota de Damien, confirmando la fecha de la boda. Junto a la nota, le mandó un recorte de prensa con foto: era del día de la fiesta en casa de Elisa Patroni. La foto era estupenda. El vestido negro le daba a Lee un aspecto sexy y moderno a la vez. La única pega era la mirada de embelesamiento que le dirigía a Damien. De hecho, bajo la foto ponía: La prometida secreta, obviamente enamorada.

Lee apretó los dientes. En su nota, Damien no hacía alusión a la foto. Quizá pensase que era buena actriz, pero algo dentro de ella le dijo que Damien era demasiado listo y experimentado con las mujeres como para creerse aquello.

Pero ¿qué podía hacer ella al respecto?

No tenía ni idea.

Después de la boda volvieron a Plover Park como marido y mujer. Estaban sentados en la terraza, los dos solos, porque los abuelos de Lee ya se habían marchado a casa.

El cielo se había tornado a un azul oscuro y había una cálida brisa.

Lee tomaba una copa de vino y Damien una cerveza. La cena consistiría en un plato de pasta, preparado por Damien. La mesa de la terraza estaba puesta.

Damien la observó: Lee se había dado una ducha y se había puesto unos vaqueros limpios y una camisa blanca. Intentaba proyectar una imagen de tranquilidad, pero él se dio cuenta de la tensión que había bajo aquella máscara.

-¿Voy a ver si está la pasta? -preguntó Lee, repentinamente poniéndose de pie.

-Siéntate. Yo lo haré.

-Pero...

-No hay peros que valgan -dijo Damien antes de marcharse a la cocina.

Lee se recostó en la silla y pensó en el absurdo de todo aquello.

Allí estaban los dos, casados en todos los sentidos excepto en la realidad.

Estuvo de acuerdo en que había sido un día relativamente sencillo. Damien parecía contento con la habitación que ella le había preparado, al extremo contrario de la suya. Le había dado las gracias por la mesa que había instalado en el cuarto de estar para que pudiese trabajar con su ordenador portátil.

Damien, a su vez, había pasado la mayor parte de la tarde

ayudando a su abuelo a arreglar la bomba de agua del vivero.

Después, Bill y Mary se habían marchado y él se había metido en la cocina para preparar la cena. Había demostrado una gran sabiduría culinaria y Lee se había quedado sorprendida.

Pero ¿qué ocurriría de ahí en adelante?, se preguntó inquieta. Ella se levantaba al amanecer, habitualmente sobre las cinco y media de la mañana, y, después de un duro día de trabajo, se acostaba a las nueve de la noche. Y por alguna razón, no podía imaginarse a Damien Moore ni madrugando ni acostándose temprano...

-Lee.

Esta se sobresaltó y se volvió hacia él, para encontrarlo de pie junto a la puerta, observándola divertido.

-¿Qué pasa?

-No estés preocupada. Tu dedícate a tus cosas, y yo haré las mías.

-Yo... yo... -tartamudeó, pero no pudo continuar y apretó las manos con nerviosismo.

-Piensa que somos compañeros de piso -dijo él sonriendo-. Y si tú estás lista, yo estoy listo para servir la cena.

-Sí... gracias -contestó ella completamente desvalida.

Capítulo 5

VOY A fumigar las vacas esta mañana -le dijo Lee a Damien mientras desayunaban-. En esta época del año debería hacerse cada seis semanas.

-Te ayudaré -le dijo Damien pasándole una tostada.

Además de haber preparado un exquisito plato de pasta la noche anterior, aquella mañana Damien había preparado el desayuno: beicon, huevos y tomates fritos. Ella solo había preparado el café. De hecho, cuando Lee se despertó, fue el aroma del beicon lo primero que notó; Damien se había levantado antes que ella y le había dejado seguir durmiendo.

-¿Has dormido bien? -preguntó Lee nerviosa cuando lo vio afeitado, duchado y vestido con pantalones cortos y camisa.

-Como un bebé -contestó él.

Desde luego parecía relajado, como si estuviera en su propia casa. Se había encargado de los pollos y la gallina, había recogido los huevos y había dado de comer a Peach, el perro.

Viéndolo así, a Lee le resultaba difícil asociarlo con su otro papel de abogado. Incluso pensó que quizá no fuese tan disparatado que Damien encajase con su forma de vida en Plover Park.

La noche anterior había sido agradable, pensó Lee. Después de la cena habían salido a dar un paseo, más tarde vieron la televisión, y cuando ella bostezó, Damien le dijo que se acostase y que no se preocupase por él. No tenía ni idea de lo que habría estado haciendo ya que ella se durmió en cuanto se metió en la cama.

-Yo me encargo de las vacas -dijo Lee-. Lo bueno de las Murray Greys es que son muy mansas.

-Pero seguro que dos son mejor que uno.

Estaban desayunando en la terraza de la cocina. Peach estaba sentado junto a Lee y de vez en cuando movía el rabo para asegurarse que no se olvidasen de él a la hora de las sobras. Lee le ofreció el borde de una loncha de beicon y tomó su taza de café.

El jardín, cubierto por el rocío, brillaba bajo el reflejo de los rayos del sol, que estaba saliendo. El cielo estaba claro, los pájaros cantaban y prometía ser un día estupendo.

Lee miró con satisfacción la jardinera que subía a lo largo del camino de entrada; había seis rosales y todos, desde el de color rojo aterciopelado hasta el amarillo, estaban floreciendo maravillosamente.

-De acuerdo -dijo Lee-. Pero ten cuidado. El toyo de los vecinos

está aquí, y aunque es muy manso, es muy grande. Ocurren muchos accidentes con toros y gente a la que aplastan contra muros o vallas.

-Tendré cuidado. ¿Cuánto tiempo va a estar aquí?

-Dos meses. Yo lo llamo Ferdinand –dijo Lee con picardía en los ojos-. Es un toro muy romántico.

Damien parpadeó.

-Parece que todo lo que se mueve por aquí tiene nombre. ¿Cómo de romántico?

-Cuando elige una vaca nunca se marcha de su lado. Se tumba junto a ella y de alguna manera proyecta la imagen de estar... enamorado.

-¿De verdad? Aunque supongo que no dura para siempre -dijo Damien y unas finas líneas se formaron a los lados de sus ojos.

Lee le dio a Peach otro trozo de beicon, del plato de Damien.

-Solo unos días, pero al menos sabe cómo hacer que una chica se sienta especial durante unos días.

-Lo tendré en cuenta.

Lee lo miró irónicamente.

-Dudo que Ferdinand pueda enseñarte algo, Damien. En cualquier caso -continuó ella sin darle tiempo a contestar-, yo las conduciré con el tractor hasta el pasto más alejado de la carretera. Tú abrirás la puerta de la valla.

-De acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

-En cuanto hayamos recogido los platos, aunque... los recogeré yo, ya que tú has preparado el desayuno. Y... gracias -añadió ella dándose unas palmadas en el estómago-. Hacía muchos años que no desayunaba así.

-Déjame adivinar -murmuró él-, sueles desayunar fruta y cereales. ¿Y yogur?

-Es sano -contestó ella encogiéndose de hombros.

Damien sonrió para sus adentros.

-También es bueno relajarse un poco y vivir de vez en cuando.

-¿Por qué tengo la sensación de que te refieres a algo mucho más amplio? –preguntó ella con cautela.

Damien la observó con sus oscuros ojos. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros, una vieja camiseta rosa y estaba descalza. Su pelo estaba recogido en' una coleta y no se había puesto maquillaje. No se parecía mucho a la chica con la que había ido a la fiesta de Elisa Patroni. Damien entrecerró los ojos al pensar que Lee Westwood era un enigma; su dedicación a aquel proyecto no encajaba con el estilo de vida de las chicas de veinticuatro años

a las que él conocía. Sin embargo Cyril Delaney no se equivocó al pensar que no podía dejar Plover Park en mejores manos. ¿Habría investigado Cyril a Lee por su cuenta? ¿Y habría intentado hacer él lo mismo fundiendo a aquella dedicada horticultora convertida en granjera, con la espectacular mujer que lo acompañó a la fiesta? ¿Por qué tanto interés por ella?, se preguntó a sí mismo. ¿Sería porque sabía que la inquietaba? Damien se había dado cuenta de que había ocasiones en que ella no se sentía tan poco afectada por su presencia como intentaba demostrar. Damien apretó los labios al pensar aquello.

La veía cada vez más intranquila y molesta cuando él estaba alrededor.

Aun así, ¿qué otras complicaciones, además de las que ya había provocado, podría estar añadiendo él? Había sido un gesto un tanto estrafalario sugerir aquel matrimonio, aunque como matrimonio de conveniencia no había presentado demasiadas dificultades. Pero cuando se convirtiese en algo más, ¿con qué dificultades se encontraría cuando tuviese que marcharse al finalizar los doce meses? Era algo que en todo momento había tenido intención de hacer pero... ¿era ya demasiado tarde para ignorar la atracción que empezaba a sentir por ella?

Damien se puso de pie y la miró de forma enigmática. Ella tenía la cabeza levantada hacia él y su expresión reflejaba un creciente desconcierto. Damien sonrió levemente; aunque su esposa fuese una tigresa en muchos aspectos, era increíblemente inocente en otros...

-¿Algo más amplio? -repitió él encogiéndose de hombros-. Simplemente no creo que haga daño vivir un poco, eso es todo. ¿Nos vemos en la puerta de la valla dentro de media hora?

Lee dudó al notar que le estaba dando largas, pero algo le dijo que no debía forzar más la situación, así que recogió los platos y se puso de pie.

-Sí, creo que estaré lista para entonces.

Cuando se subió al tractor habían pasado casi tres cuartos de hora, había recibido una llamada telefónica que la había retrasado. Damien no estaba por ninguna parte.

Se puso en marcha y Peach la siguió.

Bajó por el camino de entrada, y estaba a punto de girar a la izquierda para ir hacia la puerta de la valla, cuando miró hacia delante. Junto al camino y la puerta principal estaba el pequeño patio vallado donde había pensado meter a las vacas para fumigarlas. Parpadeó y a punto estuvo de detener el tractor al ver

que el patio estaba lleno de vacas y a Damien apoyado en la valla.

Lee apretó la mandíbula. Sin ayuda alguna, Damien había llevado allí a las cinco vacas, cinco temeros y un toro.

-Peach -dijo Lee con acritud mientras se dirigía hacia Damien-, ¿hay algo que este hombre no sea capaz de hacer? Creo que hay algo que no me has contado -le dijo a Damien, mirándolo con seriedad cuando llegó hasta él y paró el tractor.

Damien parecía divertido.

-Hice mis pinitos como vaquero cuando era joven, eso es todo.

-¡Me lo podrías haber dicho! -exclamó Lee bajándose del tractor-. ¡Me siento como una idiota!

-Lo siento -se disculpó Damien sonriendo-. No pude resistirme. ¿Por qué no me dices cómo se llaman? Estoy seguro de que tienen nombre.

Lee se puso unos guantes de goma y llenó la pistola de fumigar.

-Y eso me hace sentir como una niña pequeña.

Damien se irguió al ver que ella se subía a la valla para entrar en el patio.

-Lee, no estarás pensando en entrar ahí, ¿verdad?

-¡Por supuesto que sí! -dijo ella deteniéndose para ponerse la mascarilla que colgaba de su cuello.

-Estás loca -le dijo con firmeza y le quitó la pistola de fumigar-. Tú misma me has avisado del peligro de ser aplastado -añadió mirando a las vacas.

-Pero si no entro no podré acercarme a los temeros -objetó Lee-. Soy rápida y ágil -añadió con orgullo.

-Quizá, pero no eres muy grande –contestó Damien, se subió a la valla y bajó al patio.

-De acuerdo. Toma mi mascarilla. ¡Cuidado con Ferdinand!

Si Lee era rápida y ágil, Damien hizo el trabajo utilizando la autoridad. Sus vacas reconocían a alguien que sabía lo que estaba haciendo y obedecían, pensó irritada. De repente se dio cuenta de que las vacas eran de los dos, pero no fue de mucha ayuda.

-Misión cumplida -dijo él mientras abría la puerta para que saliese el rebaño.

Lee observó cómo las vacas y los temeros salían y se dirigían alegremente hacia el pasto, seguidas de Ferdinand. Y se dio cuenta de que Damien estaba junto a ella.

-Una moneda por tus pensamientos -dijo él.

Lee suspiró.

-Supongo que pensé que habría algo que se me diese mejor que a ti y me siento un poco decepcionada, pero ya se me pasará.

Damien rio en voz baja.

-Yo te he sorprendido, pero tú a mí también. ¿Qué pensaste de la foto del periódico?

Lee abrió los ojos de par en par y se sonrojó ligeramente.

-De cara a lo que el resto del mundo piensa de nosotros, es perfecta.

-No estaba mal -dijo Damien sonriendo con malicia-. ¿Pero cuál crees que sería su reacción si pudiesen verte ahora?

Lee se miró con arrepentimiento. Se había quitado los pantalones cortos y se había puesto una camisola color caqui que le quedaba grande y unas botas marrones. El pelo lo llevaba recogido dentro de un gorro color caqui.

-No sería de extrañar que pensasen que soy una chica distinta.

-Exactamente. Tampoco sería de extrañar que pensasen que eres un chico, pero no por eso menos interesante.

Ella lo miró con incertidumbre.

-Lo que intento decir es que no dejas de sorprenderme. Pero prométeme una cosa –dijo poniéndose serio-: que no volverás a hacer esto tú sola.

Lee se dio cuenta de que los ojos de Damián eran prácticamente negros y totalmente cautivadores.

-Yo...

-No porque seas incompetente -la interrumpió él-. Pero siempre puede haber un accidente, y si no hay nadie más podría resultar desastroso.

-No suelo hacerlo sin que esté Bill -le confesó ella.

-Bien. ¿Qué más hay que hacer?

-Tengo que ir al vivero. Después pensaba hacer la contabilidad. Por cierto, ha llamado Bill para decir que Nan se ha despertado con migraña, así que se quedarán los dos en casa hoy. ¿Por qué lo preguntas?

-¿Tendrás tiempo para ir a nadar y después ir a comer a Byron Bay? Yo me instalaré en la oficina nueva hoy, pero solo será cuestión de recoger las llaves, echar un vistazo y una corta reunión con el decorador.

La idea de un baño en Byron Bay era irresistible, ya que, aunque solo eran las ocho y media de la mañana. Lee estaba empapada en sudor.

-Pues...

-Te puedo echar una mano en el vivero -ofreció Damien-. Y te puedo ayudar con la contabilidad -añadió mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara.

Lee se sintió emocionada por dos cosas: por el tacto de los dedos de Damien sobre su piel y por la sensación que le decía que Damien tenía intención de salirse con la suya.

Ella aún estaba sentada sobre la valla, por lo que tenía la inusual ventaja de poder bajar la cabeza para mirarlo. Por un momento se sintió tentada de hacer lo mismo, acariciar su cara, pasar los dedos por su fuerte cuello y acariciar sus hombros. Era como si una fuerza sobre la que no tenía ningún control se estuviese apoderando de ella, forzándola a quitar las manos de la valla y ponerlas sobre los hombros de Damien, o peor aún, besarlo. Al pensar aquello se le cortó la respiración y se sintió invadida por el deseo. Quizá pareciese un chico en aquel momento, pero nunca se había sentido más mujer. Todos sus sentidos estaban despiertos y se sentía frágil, incluso vulnerable, bajo el impacto de Damien Moore. No solo por aquel fuerte y elegante cuerpo, también la forma en que el pelo le caía encima de los ojos a veces, la forma en sus ojos se reían, sus manos y la imagen mental que a menudo no podía controlar de las manos de él sobre su cuerpo. ¿Lee? Ella lo miró con sus ojos verdes y vio que la estaba observando. Inspiró profundamente. Le llevó un momento recordar de lo que estaban hablando. Además, tenía sus reservas sobre ir a nadar y comer con él. Pero en realidad, ¿cuál era la diferencia entre aquello y desayunar con él en la granja?

-De acuerdo -dijo ella-, parece un buen plan -añadió para intentar parecer más natural.

El sonrió de manera ausente y sus oscuros ojos se quedaron fijos sobre la cara de Lee por un momento. Después se irguió y miró el tractor.

-Hace muchos años que no conduzco uno.

Lee hizo una mueca con la boca.

-Todo tuyo. Yo me montaré detrás. No quiero usurpar todas tus...

-No te preocupes -le dijo ella-. Me da la sensación que Bill y tú sois iguales en lo que respecta a las cosas mecánicas y, además, los pedales están muy duros.

Damien se subió al tractor y ella se montó detrás.

Unas horas más tarde Lee estaba sentada junto a él en el Porsche, un utilitario mucho más elegante...

Mientras se arreglaba para salir. Lee se sintió nuevamente confusa. La necesidad que sentía de parecer moderna y sofisticada, y no un chico, la hizo pensar en la pobreza del guardarropa. Finalmente encontró un vestido color rosa pálido del que se había

olvidado. Hacía mucho tiempo que no se lo ponía, pero combinado con unas sandalias blancas y unos pendientes de aro dorados sería suficiente para ir a Byron Bay. Se puso el vestido encima del biquini verde, y guardó una toalla, el protector solar y una gorra en un bolso. El pelo se lo dejó suelto y se colocó unas gafas de sol a modo de diadema.

Cuando se miró en el espejo de su habitación se sintió cómoda con su aspecto. Había pensado en lavarse el pelo, pero como iban a nadar no tenía mucho sentido. El vestido era sencillo pero moderno y tenía un color muy bonito, además de dejar las piernas a la vista. Se sentó en el borde de la cama y se mordió el labio, nerviosa. Se dio cuenta de que estaba haciendo lo que cualquier chica liaría para impresionar a un hombre. Y todo por un hombre al que definitivamente no quería impresionar. El problema era que no parecía poder evitarlo, se dijo a sí misma tristemente. Pero tenerlo tan cerca no la ayudaba y desde luego él tampoco lo estaba haciendo.

No hacía falta que la tocase, ni que la embelesase, ni que... ¡ni que fuese tan perfecto! Pero ¿acaso no lo había provocado ella hasta cierto punto? Primero con el vestido negro y después con la exhibición de baile.

Al oír la bocina del Porsche, volvió a la realidad. Recogió el bolso y salió.

Durante el camino a Byron Bay, Damien le explicó sus razones para abrir otro despacho

allí.

-Ya veo- dijo ella cuando Damien terminó-, Me había estado preguntando el porqué -añadió.

Él la miró irónicamente.

-¿Pensaste que era un plan maquiavélico para hacerme un sitio en Plover Park?

Lee sonrió.

-No del todo. Bueno, cuando lo pensé seriamente me di cuenta de que eres un buen hombre de negocios y un buen abogado como para hacer este tipo de cosas.

-¿Qué tipo de cosas? -dijo Damien enarcando las cejas.

-Tomarte tantas molestias para conseguir una mujer -dijo ella sin pensarlo.

-Eso es buscarle tres pies al gato. Lee –dijo él al cabo de un rato.

«¡Eso ya lo sé yo!», se dijo a sí misma, y deseó haberse mordido la lengua.

-Lo que quiero decir es que estás libre de cualquier plan

sospechoso que me incumba -Damien rio para sus adentros-. A pesar del hecho de que nuestras morales, a falta de otro término mejor, se dejan llevar de vez en cuando... -se detuvo y se mordió el labio sintiendo cómo se sonrojaba- quizá... –añadió despacio- yo tenga la culpa de eso. Me refiero a que quizá haya dado pie a ello.

-¿A modo de reto, sin ser consciente de ello, por supuesto? -sugirió él con aspereza

-Damien... -dijo ella y, se detuvo de nuevo para medir las palabras- Actuar de determinada manera en público es una cosa, pero dejar que la farsa continúe en nuestra vida privada es otra.

-Lee, no podemos obviar algo que está delante de nosotros. Y estoy de acuerdo contigo en que probablemente no sea una buena idea; de hecho lo he estado pensando esta mañana, pero ya ha ocurrido.

Lee abrió la boca para hablar y tragó saliva.

-¿Intentas decirme que ahora me encuentras un poco más interesante que la pila de la cocina? -dijo finalmente.

Damien pareció divertido.

-Siempre te encontré más interesante que la pila de la cocina. Para serte sincero, me gustó darme cuenta de que tú no me encontrabas más interesante que la pila, pero ahora sé que ya no es así -le dijo, y se volvió para mirarla de manera comprensiva. Al ver que ella se sonrojaba, volvió a mirar la carretera de nuevo.

Cuando Lee recuperó la compostura intentó mostrar despreocupación al hablar, aunque no lo consiguió.

-Pero hay niveles desde la pila de la cocina. Sigue habiendo mucha distancia hasta la cama. Hablando metafóricamente, no podrían estar más lejos.

-Por otra parte -intervino él mirándole las piernas-, cuando se está casado hay muy poca distancia entre el dormitorio y la cocina.

-¡No! -exclamó ella-. En mi casa, no...

-Nuestra casa -puntualizó él.

-Pues ahí tampoco. En ocasiones quizá sea un poco irreflexiva, pero me doy cuenta de que estaría poniéndome al final de la larga lista de mujeres a las que has descartado, Damien.

El hizo una mueca con la boca antes de decir:

-Si te refieres a los prejuicios que mi madre expuso el otro día, te diré que su visión acerca de esa lista está distorsionada por el hecho de que está deseando tener nietos.

-¡No es solo tu madre! También se trata de tu habitación de invitados.

-¿Mi...? -dijo él mirándola aturdido, pero enseguida se dio

cuenta de lo que ella quería averiguar

-Sé que no es asunto mío -dijo Lee con sequedad deseando ser capaz de morderse la lengua- pero... -¿Te refieres a la ropa y demás cosas que había ahí? -preguntó él seriamente.

Lee asintió.

-¿Sabe ella que ahora estás casado? -le preguntó ella irónicamente.

-No, no lo sabe. A no ser que nuestra querida madre le haya dado la noticia. Pero no he tenido noticias de ella, así que supongo que no. Aunque también puede ser que esté fuera del país.

-Da igual dónde esté... -empezó a decir Lee, y se detuvo-. ¿Has dicho «nuestra madre»?

Damien rio al ver la expresión de Lee.

-Sí, todo lo que viste pertenece a mi hermana Melinda. Vive en Cairos, pero a menudo viene a Brisbane por negocios. Como la casa familiar estuvo cerrada mientras mi madre estuvo fuera, ella utilizó mi apartamento y dejó ropa allí. Eso es todo.

-Lo siento -se disculpó Lee. Se sentía mortificada.

Durante un rato se hizo el silencio.

-Si lo hubieses dicho en su momento, te podría haber ahorrado... la preocupación. Lee -dijo él sonriendo.

Ella no pudo pensar en nada para contestar.

-Ya hemos llegado -dijo Damien, y metió el coche en el aparcamiento que había junto a Byron Bay.

Lee parpadeó. Estaba tan avergonzada que no se había dado cuenta de que habían llegado.

-He pensado que primero podríamos ir a ver la oficina y a la decoradora, y después nos damos un baño y comemos. ¿Te parece bien?

-Sí... bien.

-De acuerdo. Pero no tienes por qué parecer tan disgustada -ella lo miró y se humedeció los labios, insegura. Damien sonrió y le tapó la boca antes de que ella pudiera decir nada-. Vamonos.

Una vez en la oficina, y después de escuchar a la decoradora. Lee hizo algunas sugerencias respecto a la decoración y Damien decidió encargarle a ella la tarea.

-¡Qué maravilla! -exclamó Lee mientras salía del agua. La playa era estupenda.

Recogieron las toallas y Lee comenzó a secarse el pelo

-No sé por qué no vengo más a menudo -comentó.

-Quizá estés demasiado ocupada.

-Sí, pero cuanto más trabaje, mejor para el negocio -contestó estirando la toalla sobre la arena para sentarse.

-Eso es cierto -Damien se sentó junto a ella-. Eres muy responsable y madura para muchas cosas.

Lee sabía que no debía preguntarlo pero no puedo evitarlo:

-¿Y en qué cosas no soy responsable y madura?

Damien recorrió con la mirada su maravilloso cuerpo, aún más en aquel momento por estar mojado y con poca ropa. Pero justo cuando Lee comenzaba a sentirse avergonzada por la reacción que aquella mirada le estaba provocando e intimidada ante el poderoso cuerpo de Damien, él habló.

-Eres impetuosa.

Lee se relajó ligeramente.

-En eso me parezco a mi madre y a mi abuelo, pero suelo actuar con buena intención.

Damien enarcó una ceja y pareció divertido.

-Supongo que eso no evita que te metas en problemas de vez en cuando.

Ella lo observó: se había estirado sobre la toalla y apoyaba la cabeza en un brazo. Llevaba un bañador color azul marino, estaba moreno y perfectamente proporcionado. El solo hecho de mirarlo le provocaba una extraña sensación en la boca del estómago. Lee cerró los ojos y se puso las gafas de sol.

-Es cierto -aceptó ella juiciosamente. «Y más aún en lo que se refiere a ti, Damien Moore», quiso decir, pero se contuvo. De repente se dio cuenta de que no podía continuar expuesta de aquella manera a su mirada y se levantó para ponerse el vestido-. Estoy hambrienta -dijo alegremente- y puedo ser peligrosamente impetuosa cuando tengo hambre.

Damien se incorporó.

-¿Cuánto de impetuosa?

-¡Me comería un caballo!

El rio y levantó también para ayudarla a ponerse el vestido.

-Lee, ¿cuánto de impetuosa? -volvió a preguntar, clavándole la mirada.

Ella se sintió completamente desaliñada, no solo porque llevaba las gafas alrededor de la barbilla y tenía el pelo completamente enredado, sino porque obviamente él había adivinado lo que estaba pensando. Lo vio en la malicia que se reflejaba en la expresión aparentemente seria que él tenía mientras la ayudaba a colocarse el vestido y las gafas de sol.

-Pero concentrémonos en dar de comer a la bestia hambrienta -

continuó-. Da la casualidad de que yo también tengo hambre -y se dio la vuelta para vestirse, dejándola luchando contra las insinuaciones.

Lee aún fruncía el ceño y permanecía inmóvil cuando él se volvió hacia ella de nuevo.

-Lee... -susurró él tomándola de la mano- Vamos.

Se sentaron en una mesa con sombrilla en la terraza del Beach Hotel, y pidieron la comida. Lee bebía un refresco y Damien tomaba una cerveza.

-Por Byron -dijo él levantando el vaso hacia la playa y el océano.

Comieron en silencio durante un rato y Lee fue la primera en hablar.

-¿Sabes una cosa? Cosmo Delaney no solo me da mala espina; estoy segura de que es peligroso. ¿Nos ha demandado?

-No. Pero se estará evaluando la situación -contestó Damien, y Lee se estremeció-. Por una parte espero que continúe, aunque dudo que lo haga, solo por el placer de asesorar a alguien en la mejor manera de destruirlo. Quizá crea que puede asustarte para que le devuelvas Plover Park, pero a mí no me asusta en absoluto -por un momento pareció tan autoritario y duro que Lee abrió los ojos de par en par.

-Te creo -le dijo ella en voz baja-. Me alegra no estar en el bando contrario al tuyo. Pero ¿y si tiene alguna prueba de que Cyril le prometió darle Plover Park?

-Si la tuviese ya habría comenzado el procedimiento.

-Se parecía mucho a Cyril -comentó Lee después de un rato-, pero es obvio que es una persona completamente distinta.

Algo se endureció en la mirada de Damien, pero no explicó el porqué. Después, la expresión de abogado duro y peligroso desapareció y torció la boca en una mueca.

-¿Estamos ahora más cerca del dormitorio?

Lee agarró el tenedor y el cuchillo y continuó comiendo.

-No quiero empezar algo de lo que pueda arrepentirme -dijo ella.

-De acuerdo -aceptó Damien, y terminó su comida tranquilamente.

Lee lo contempló frustrada durante un rato, y él adoptó un aire de aparente despreocupación, pero después sonrió con malicia.

-¿No era la respuesta que esperabas. Lee?

-A veces resultas incomprensible y exasperante -le dijo furiosa.

-También hay veces que puedo ser todo lo contrario.

Al ver cómo la mirada de él recorría todo su cuerpo. Lee se dio

cuenta de lo que él había querido decir exactamente. Sintió escalofríos y su cuerpo cobró vida ante el deseo de estar a solas con él y que la desvistiese,'la acariciase, le hiciese el amor...

Aquello era la guerra, pensó ofuscada. ¿Por qué le hacía aquello? Primero le decía que no era buena idea y luego le decía aquellas cosas. ¿Estaría poniéndola a prueba? Recordó que le había gustado su falta de interés por él. «¡Si él supiera!», pensó con agonía.

Tragó saliva y apartó la mirada, pero enseguida se volvió de nuevo hacia Damien.

-Si quieres guerra, la tendrás -le dijo irónicamente.

Capítulo 6

MENUDA declaración de guerra!», pensó Lee una semana más tarde. Lejos de ser un campo de batalla, Plover Park había sido un remanso de paz. Lee se había preparado para pelear, pero no había encontrado nada contra lo que luchar. Damien se había comportado de manera amable, divertida. Casi como un hermano.

Tenía un verdadero dilema entre manos: no le gustaba que la tratase como a una hermana pequeña, pero estaba dispuesta a pelear si la trataba de otro modo. Llegó a pensar que se estaba volviendo loca; solo la sospecha de que estaba jugando con ella la convenció de que no era así.

Sin embargo, la vida en Plover Park ofrecía otros aspectos menos angustiosos. Damien la había ayudado mucho. No parecía molestarlo trabajar en el vivero e incluso les había dicho a los abuelos de Lee que se tomasen una semana de vacaciones, cosa que ellos aceptaron agradecidos. Damien arregló desperfectos, limpió el pequeño arroyo que corría entre los terrenos de Plover Park; incluso repasó los libros de contabilidad de Lee.

Y la forma en que compartían la casa resultaba agradable también. Les gustaban prácticamente los mismos programas de televisión, los dos disfrutaban con los paseos que daban con Peach después de la cena y habían establecido tumos para cocinar. Él mantenía su parte de la casa recogida y limpia. Damien era un buen compañero.

Lee tenía dificultades para conciliar el sueño cada noche; le resultaba difícil no pensar en ciertas cosas aunque lo intentase con todas sus fuerzas. Poco a poco iba cayendo en el hechizo de Damien Moore...

Nunca les faltaba tema de conversación durante la comida, mientras trabajaban o por las noches cuando se sentaban en la terraza a disfrutar del buen tiempo.

Lee descubrió que era copropietario de seis caballos de carreras y que él mismo era criador. Damien le enseñó fotos de los caballos y de los potrillos que tenía y Lee incluso le sugirió nombres para aquellos con los que él mismo tenía intención de competir. También le contó que tenía licencia para pilotar helicópteros y que le encantaba volar, pero nunca tenía tiempo para ello.

Pero las conversaciones más interesantes solían ser durante la cena. En vista de la experiencia culinaria de Damien, Lee se propuso demostrarle que ella también era buena cocinera. El resultado era

una exquisita y elegante cena cada noche, ya que Lee sacó la mejor vajilla y su mejor mantelería. Además, descubrió que había una cosa que hacía mejor que él: el hojaldre.

De manera que hablaban sobre vinos y comidas e intercambiaban recetas.

Lee le habló de los seis meses que pasó recorriendo Europa, describiéndole algunos de los magníficos jardines que había visto. También le habló de su infancia como hija única y de lo bien que sus abuelos se portaron con ella cuando quedó huérfana.

A cambio, él le habló de sus anhelos, de cómo su abuelo había fundado Moore & Moore y de cómo había continuado él con la compañía.

Pero cuando llegó el momento de hablar sobre la decoración de su oficina, la paz desapareció.

A la semana siguiente de comer en Byron Bay, Lee le mostró sus ideas definitivas. Le llevó muestras de alfombras, baldosas y tablas con los posibles colores para la pintura de las paredes. Le expuso sus preferencias y le dio el coste aproximado de todo.

Damien lo estudió todo cuidadosamente; después la estudió a ella con el mismo cuidado.

Lee acababa de volver a casa de hacer la compra semanal; llevaba un vestido de lunares verdes y blancos, sin mangas, que le llegaba por debajo de las rodillas. Tenía el pelo suelto y le brillaba como caoba barnizada, y no se había puesto maquillaje.

-¿Es demasiado caro? -preguntó ella con una ligera expresión de ansiedad en sus ojos verdes.

-En absoluto. La elegancia es cara. ¿Es un vestido nuevo? -le preguntó.

-¿Por qué?

-Porque nunca lo había visto -contestó él con una mueca.

-Es muy viejo -dijo ella-. No suelo ponerme vestidos, el último que me compré fue... Aunque en realidad tengo dos vestidos nuevos y no son de hace tanto tiempo.

-Por casualidad, uno de ellos no será negro y muy corto, ¿verdad? -le preguntó Damián sonriendo.

-Sí -concedió ella-. Y probablemente no vuelva a ponérmelo.

-Sería una lástima -dijo Damien. Observó la expresión de incertidumbre de Lee y sonrió para sus adentros-. Aunque este te queda de maravilla -añadió, y se volvió a la mesa de nuevo-. Y todo esto también me sienta bien a mí, así que... -y sin terminar la frase, sacó un papel del bolsillo y se lo dio- esto es para ti.

Lee lo desdobló y se encontró con un cheque. Al ver el importe se quedó boquiabierta.

-No puedo aceptar esto. Muchas gracias –le dijo e hizo ademán de devolvérselo-. Pero no

espero ningún pago.

Damien se metió las manos en los bolsillos y Lee se quedó sujetando el cheque.

-Lee, no seas tonta.

-No lo soy -protestó ella-. Yo no podría pagarte por todo el trabajo que has hecho aquí, así que yo tampoco espero nada, y... y... –dudó mientras pensaba frenéticamente- esto sería demasiado aunque quisiese cobrar.

-Si insistes en esta tontería -le dijo él seriamente-, haré lo que has estado toda la semana deseando que haga... -añadió y se detuvo. Por un momento pareció divertido-. Es algo con lo que yo también he tenido problemas. De todos modos -se encogió de hombros-, no hay otra forma de ganar una discusión contigo

-¡No sé de qué estás hablando!

-De esto. Lee -respondió Damien y, tomándola en sus brazos,.la besó.

-No -susurró ella, pero la sensación de estar entre sus brazos era embriagadora. Realmente lo había deseado durante toda la semana, pero había luchado con todas sus fuerzas para no pensar en ello. Aunque tampoco había esperado aquella reacción, pensó confusa.

La boca de Damien se pegó a la suya de forma contundente, casi exigiendo el beso, al igual que su cuerpo, fuertemente masculino y hambriento. Y después del momento inicial de sorpresa, fue el cuerpo de Lee el que se dejó llevar por el deseo. Se sentía como si estuviese floreciendo entre sus brazos, como si ella fuese la llama que había encendido la pasión. Era una sensación única.

-Así que es mutuo -dijo él cuando finalmente se separaron.

Lee apoyó la frente sobre el pecho de Damien; su respiración aún era entrecortada y todos sus sentidos estaban al rojo vivo.

-Claro que es mutuo. No me dedico a besar de esta manera a hombres a los que no quiero besar -le dijo y, por el movimiento del pecho de Damien, se dio cuenta de que se estaba riendo de ella. Lo miró con sus ojos verdes-. Quizá deba interpretar eso como...

-No hace falta. Has sido tú misma.

-Entonces quizá deba preguntarte esto, Damien: ¿te has enamorado de mí?

-Debí haberme imaginado que querrías ponerle nombre. Lee.

Ella se quedó paralizada. Damien lo notó y al cabo de un

momento levantó la cara de Lee hacia él para poder verle los ojos. Los tenía abiertos de par en par y reflejaron perplejidad antes de cerrarse.

-Lee -dijo él en voz baja-, no era mi intención burlarme de ti.

-No, no es eso, quiero decir... –respondió ella confusa.

-Podemos mirar esto desde otro punto de vista -dijo él-. ¿Te has enamorado tú de mí?

Ella volvió a abrir los ojos y por un momento estuvo tentada de decir: «hace unos meses pensé que así era, sin imaginarme que lo que sentía entonces no era nada en comparación con lo que siento ahora». Pero si le confesaba aquello, ¿adonde iría cuando supiese que el sentimiento no era recíproco?

-No... no lo sé -dijo en un murmullo-. Me ha pasado un par de veces... -comenzó a decir, pero no terminó.

-¿Sentir algo por un hombre que luego no resultó ser el amor de tu vida? -sugirió él.

-Sí -concedió ella, aunque lo cierto era que aquellas dos veces habían sido una pobre imitación de lo que sentía por Damien, de lo que él provocaba en ella.

El le acarició el pelo y sonrió de manera ausente.

-Entonces, ¿me creerías si te dijese que estamos en el mismo barco? -le preguntó Damien.

-¡Por supuesto! -se encontró Lee diciendo, y se estremeció para sus adentros. ¿Qué era ella? ¿Su propio abogado del diablo?, se preguntó.

-Si estoy segura de algo es de que los hombres tienen más problemas con el amor que las mujeres; sobre todo hombres como tú.

Aquella vez no ocultó su estremecimiento al ver cómo él enarcaba las cejas.

-Por ahora no contestaré a eso -dijo él secamente-. Pero te haré otra pregunta, ¿qué sugieres que hagamos al respecto?

Una maraña de pensamientos pasaron por la cabeza de Lee.

-Tú... me has besado -dijo finalmente con cautela.

Damien frunció el ceño.

-Porque me has sacado de quicio. Pero -añadió-, es algo en lo que he estado pensando toda la semana.

-Algo que no habrías hecho si yo no te hubiese exasperado, ¿verdad? -preguntó ella.

Damien dudó por un instante.

-No, Lee.

Ella se apartó de él y se acercó a mirar por la terraza.

-Procuraré no volver a exasperarte –dijo con la voz tranquila, y después se volvió para mirarlo-. Ya hay suficientes complicaciones en nuestras vidas. Una aventura…

-Estamos casados. Lee -la interrumpió él.

-En realidad no. Los dos sabemos que cuando pasen los doce meses cada uno se irá por su lado, así que sí sería una aventura, y por lo tanto una complicación que no necesitamos.

-¿Y si descubriésemos que Cyril tenía razón? -le preguntó él mirándola fijamente.

-No la tenía -contestó ella-. No soy la chica adecuada para ti, Damien -añadió, y sus ojos reflejaron una leve sonrisa aunque por dentro no sentía ganas de sonreír-. Te has portado de maravilla aquí, más de lo que podía haberme imaginado, pero solo es un interludio para ti, un descanso y una pequeña novedad -lo miró inquisitiva.

-Quizá sí -concedió él después de un momento.

-Sin embargo este es mi estilo de vida, aunque no sea en Plover Park. Así que en ese sentido hay un gran abismo entre nosotros; además, sospecho que yo también soy una novedad para ti. Damien hizo una mueca con la boca.

-Ese abismo del que hablas… Los estilos de vida diferentes no tienen por qué impedir el éxito de un matrimonio.

Lee parpadeó varias veces en un intento de que él comprendiese.

-Pero… -continuó Damien antes de que ella pudiese hablar-, si es así como te sientes. Lee, respeto tu decisión.

-Gracias -dijo ella y al mismo tiempo se preguntó si el dolor que sentía en su corazón desaparecería algún día.

-Por otra parte -dijo Damien agachándose para recoger el cheque que había caído al suelo mientras se abrazaban-, no quiero más discusiones sobre esto. Haz lo que te digo e ingrésalo en tu cuenta del banco -le dijo mientras le ponía el cheque en la mano-. Y en vista de cómo se han desarrollado las cosas, creo que me marcharé a Brisbane un par de días. De hecho, me ha surgido algo y estaba pensando en solucionarlo. Aunque tendré que volver para dejar todo listo en Byron Bay.

A Lee no se le ocurrió nada que decir al imaginarse la vida en Plover Park sin él

-¿Lee?

Ella parpadeó y fijó su vista en él. «No permitas que sepa qué estas pensando», se dijo.

-Sí… no, de acuerdo -dijo confusa-. ¿Se trata de algo serio? -le preguntó.

Damien dudó. Entrecerró los ojos y la miró de manera perspicaz.

-Un cliente muy importante se ha metido en un pequeño lío, eso es todo.

-¿Y cuándo te marcharás?

-¿Han vuelto tus abuelos?

-Sí. De hecho. Nan llamó hace un rato para invitamos a cenar.

-¿Ves? -dijo él tranquilamente y consultó su reloj-, puedo estar en Brisbane para la hora de la cena.

Lee abrió los ojos de par en par.

-Es mejor así. Lee. Además, volveré, aunque no sé cuándo. Mi cliente ha complicado las cosas al estar en Vanuatu.

-¿De verdad? Bueno... estoy segura de que es mejor así -logró decir y se obligó a ponerse en marcha-. ¿Hago el pedido de todo eso? –le preguntó señalando hacia la mesa.

-Si no te importa. Quiero abrir la oficina dentro de cuatro semanas, así que todo lo que pidas tiene que estar instalado para entonces. Aunque me lo puedo llevar y hacer que alguien en la oficina de Brisbane lo haga todo...

-¡De ninguna manera! -dijo Lee mostrándole el cheque-. Si me vas a pagar esta cantidad de dinero, quiero ganármelo.

-Lee, tendrás que hacer muchos viajes a Byron Bay...

-Damien -dijo ella, y sus ojos transmitieron que estaba lista para pelear-, puedes hacer lo que te dé la gana, puedes besarme porque te saco de quicio, pero esta discusión la gano yo.

Lee vio algo en los ojos de Damien, pero no fue capaz de interpretar la expresión.

-Esta vez te creo. Que no se diga que no sé darme cuenta de cuándo estás en pie de guerra -dijo él.

Lee no pudo evitar relajarse y parecer arrepentida.

-Eso está mejor -dijo él con suavidad-, pero recuerda que no estás tú sola en el equipo, así que ten cuidado mientras estoy fuera.

-De acuerdo.

Damien pareció estar a punto de decir algo pero sonó el teléfono y Lee se marchó a contestar.

Media hora más tarde, cuando él estaba a punto de marcharse, ella tuvo la oportunidad de mostrarse amable y natural, pero cuando el Porsche se alejó, se quedó mirándolo durante un buen rato y después inspiró profundamente.

-Estoy segura de que he hecho lo correcto. Si ahora me resulta difícil, ¿cómo sería después de haberme acostado con él?

Capítulo 7

CUANDO por fin volvió, Damien le dijo que solo se quedaría aquella noche. Había ido para ver cómo iba la oficina nueva, porque al día siguiente se marchaba Vanuatu.

-Debe de ser un cliente muy especial –dijo Lee y él se encogió de hombros-. ¿Cuánto tiempo te quedarás allí?

-Un par de días. ¿Cómo van las cosas en la oficina?

-Bien. Esta semana terminan el pintor, el de las alfombras y el de los alicatados, y la semana que viene vendrán los de los muebles.

-Bien -dijo Damien sonriendo-. Lee, he estado pensando que quizá sea una buena idea que les digas a tus abuelos que se vengan a vivir aquí contigo. Pasas mucho tiempo sola.

-De acuerdo, lo pensaré.

Lee se acostó y Damien fue al estudio a trabajar un rato. Y cuando ella despertó, casi al amanecer, vio que él estaba a su lado, dormido y abrazándola.

Damien se despertó un rato más tarde y la miró confuso.

-Vaya, señora Moore, al final acabamos así -dijo el irónicamente-. Era broma -añadió e intentó separarse de ella.

Pero Lee no se lo permitió. Le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó junto a él.

-Lee -dijo él acariciándole la cabeza con la barbilla. Su voz parecía seria-. Será mejor que me marche, porque si no, quién sabe lo que podría ocurrir.

-De acuerdo -dijo Lee y sintió que él se tensaba. Damien le levantó la cara para verle los ojos-. ¿Qué quieres decir?

-Te necesito, Damien. Quédate, por favor -dijo ella con calma-. Además, hay algo que quiero demostrar.

-¿El qué?

-Que no soy una niña -dijo ella con suavidad.

-Lee, ¿habrías preferido que me aprovechase de ti anoche?

-No. Tienes mi permiso para hacerlo ahora -sentenció, y se acercó hacia él ofreciéndole la boca.

Damien le miró la cara, las pestañas, la maravillosa melena, los ojos cerrados. Y apretó los dientes.

Lee abrió los ojos y una ligera sonrisa curvó sus labios mientras algo se iluminó en sus ojos.

Damien gruñó y, abrazando la esbelta y cálida figura, comprendió que era su perdición. Y comenzó a besarla.

Al principio resultó divertido y tierno, pero enseguida se les

empezó a ir de las manos... Y un rato más tarde Lee solo podía pensar en lo que él le estaba haciendo.

-Vamos a tomárnoslo con calma -dijo Damien con la voz entrecortada.

-¿Voy demasiado deprisa? -preguntó ella.

Él tomó su cara en las manos y poco a poco las fue bajando por su cuello, hasta abrir un par de botones de su camisón.

-Eso me lo decía a mí mismo.

Lee lo miró a los ojos y vio que su expresión era inquisitiva.

-No sé si creerte -murmuró ella y se movió al notar que otros dos botones de su camisón saltaban y que las manos de Damien cubrían sus pechos. Cerró los ojos y se mordió el labio al tiempo que él comenzaba a acariciarlos y a jugar con sus pezones.

Una oleada de exquisito placer la atravesó.

-¿Te gusta? -le preguntó Damien.

-Sí...

-A mí también, solo que me gustaría.

Lee abrió los ojos inmediatamente y él rio suavemente ante su expresión.

-Que me gustaría ver lo que estoy haciendo. ¿Te importa? -le preguntó.

Lee solo pudo asentir y quedarse echada en silencio junto a él cuando Damien le quitó el camisón por completo y comenzó a acariciarle las caderas y los muslos y le confesó lo mucho que lo fascinaba su cuerpo.

-Gracias -dijo ella sentándose de repente-. Pero no puedo soportarlo mucho más.

Damien también se incorporó y se quitó la camisa y los pantalones. Tomó a Lee en brazos y ella suspiró de placer porque lo sentía maravilloso, duro y fuerte, y era glorioso moverse con él, acariciarle los hombros, sentir los pechos contra su torso. Y en aquel momento perdieron el control.

Comenzaron explorarse mutuamente hasta que el maravilloso ritmo del amor los envolvió. Lee se retorció entre los brazos de Damien, sin preocuparse por nada más en el mundo, mientras él le besaba los pechos y jugaba con los pezones. Y cuando pensaba que no había nada comparable a esas sensaciones, alcanzaron juntos el climax y el placer fue tan intenso que se sintió como si hubiese atravesado la atmósfera. Le llevó un rato calmar su cuerpo cubierto de sudor...

-¿Y bien?

Podría ser una pregunta y una afirmación a un tiempo.

Ella abrió los ojos de par en par. Aún estaba entre sus brazos...

Damien la besó en la nariz.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Lee.

-Creo que ha sido fantástico -dijo él sonriendo.

-¿Y una sorpresa? -aventuró ella.

-No te lo tomes a mal. Lee, pero siempre estas llena de sorpresas. Por otra parte, me ha dado la sensación de que nunca habías experimentado nada igual -dijo él entrecerrando los ojos.

Lee se sonrojó ligeramente, pero habló con sinceridad.

-No. No de esta manera.

Damien le acarició el pelo.

-Creo que deberías venirte a Vanuatu conmigo.

Dos días más tarde estaban en la isla Erakor, a cinco minutos en ferry de la capital de Vanuatu, Port Vila. El sol se estaba poniendo y estrechaba sus rayos a lo largo de la laguna de Erakor.

Lee estaba de pie en la terraza del bungalow, que estaba situado justo encima del agua y en aquel momento la serena estampa comenzó a cambiar. Las olas se hicieron más grandes, el viento cambió, o quizá cambió la marea. Después una nube se cruzó delante del sol y comenzó a llover con fuerza. El agua golpeaba los tejados con brusquedad y formó una fina cortina gris que acaloró el ambiente.

Pero no duró mucho tiempo, y fue ralentizándose a medida que salía hacia el mar. Poco a poco anocheció.

Lee lo observó todo como si estuviese en estado de trance. Se había enamorado de Erakor. La isla se asemejaba a un frondoso parque tropical, pensó la primera que se adentró camino abajo, entre los cocoteros gigantes v las lilas.

Estaba pensando en todo aquello cuando oyó un ruido y se dio la vuelta para ver a Damien incorporándose en la cama. Se había pasado casi toda la noche en vela y había trabajado toda la mañana, así que una siesta le pareció lo adecuado, aunque justo antes de quedarse dormido le había dicho a Lee que él nunca se echaba la siesta.

En aquel momento, él le acariciaba el pelo. Miró el reloj y frunció el ceño.

-Lo siento.

-No hay nada que sentir. He estado perfectamente -dijo y extendió los brazos como para abrazar a Erakor.

-Así que no ha sido tan mala idea, ¿no?

-Maravillosa.

-Acércate.

Ella se acercó y él la abrazó. Los dos se echaron sobre la cama.

-Mis ideas suelen ser maravillosas -le dijo Damien mientras le besaba el cuello y deslizaba las manos por debajo de la blusa para quitarle el sujetador y después la blusa.

-Damien... -dijo ella de manera entrecortada mientras él jugaba con sus pezones.

-Me encanta cuando hacen eso -susurró él.

Los pezones de Lee se habían endurecido entre sus dedos, y las sensaciones que ella comenzaba a conocer bien la invadieron.

La dulce marea del deseo salía de sus pechos y llegaba hasta el centro sensual de su ser, y era tan fuerte que repetía el nombre de Damien de manera suplicante, indicándole que no podía soportar más. Pero él estaba listo también. Hicieron el amor velozmente, y sin embargo resultó una experiencia espléndida. Lee se quedó temblando entre sus brazos.

-¿Ha sido demasiado rápido? -murmuró él mientras enterraba la cara en el cuello de Lee.

-Fuera como fuera, ha sido maravilloso -dijo ella acariciándole la cabeza- ¿Se te ocurre algo mejor para la siesta?

-No, teniendo en cuenta que me desperté con ello en mente -concedió él-. Y te diré algo más. Lee: gracias a ti me siento tan bien que estoy a punto de tomarte en brazos y llevarte hasta el agua para damos otro baño.

-Está oscuro -protestó ella.

-Hay luz en la barandilla y la marea aún está alta, así que no tendremos que alejamos demasiado. Además, son aguas muy tranquilas.

-Tienes razón -dijo ella y bajándose de la cama, se puso el biquini y lo retó-. ¡Te echo una carrera!

El agua estaba estupenda y estuvieron bañándose una media hora.

-Esto es maravilloso -dijo Lee-. ¡Ojalá no tuviésemos que marchamos mañana!

-Sí -dijo Damien antes de besarla.

Cuando se ducharon, Damien la dejó para que se vistiese y le dijo que se encontrarían en el comedor principal en media hora, pero no le dijo el porqué.

Lee se tomó su tiempo. Se extendió crema hidratante por todo el cuerpo y se aplicó un poco de maquillaje. Después, se puso uno de los dos vestidos que se había comprado en una de las boutiques de

la isla. Era largo, ligero y sedoso, de color topacio con motas jades.

Lee observó su reflejo en el espejo. Estaba más morena y su piel contrastaba de manera increíble con sus ojos verdes. Tenía buen aspecto, quizá mejor que nunca en su vida, pensó. Pero ¿cuánto tiempo iba a poder continuar en aquella nube? ¿Adonde irían a partir de allí?

Tragó saliva y se obligó a relajarse. Se echó un poco de perfume y fue a encontrase con Damien.

Una vez sentados a una mesa, pidieron la cena. Cuando el camarero descorchó la botella de vino, él habló.

-Está todo arreglado.

Lee lo miró inquisitivamente por encima de su copa.

-Otro de mis sitios favoritos es la playa de Tamanu. He cambiado nuestros billetes de avión y he reservado un par de noches en un hotel allí. Es distinto a Erakor; no es una playa protegida, pero igualmente bonita. Te encantará.

Distintos sentimientos hicieron mella en Lee. Tenía que explicarle a Damien que ese era el principal el problema. No podían vivir allí, juntos, eternamente. ¿Qué ocurriría cuando llegase el momento'de ir cada uno por su lado?

-Lee -dijo Damien-. Dime que está pasando detrás de esos maravillosos ojos verdes.

De repente. Lee se dio cuenta de una cosa: ella se había ofrecido a Damien Moore porque no había sido capaz de resistirse a él. Pero ese era su problema, no de él, y era responsabilidad suya asumir lo que el futuro le deparase...

Cuando terminaron de cenar, recogieron el vino que les había sobrado y se dirigieron al bungalow.

Se sentaron en la terraza en un sofá de caña, mientras bebían el vino.

Damien pasó un brazo por encima de los hombros de Lee y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

-¿De qué vamos a hablar? -preguntó Lee con suavidad.

Damien la estrechó contra él y la besó en la cabeza.

-Lo normal sería que yo te pidiera ahora que te cases conmigo, pero como eso ya ha ocurrido... ¿Qué ocurre? -se interrumpió él al notar que ella se movía intranquila.

Capítulo 8

CUANDO regresaron de la maravillosa estancia en Tamanu, los esperaba una sorpresa en el apartamento de Damien.

En cuando abrieron la puerta, el aroma del café recién hecho llegó hasta ellos.

-¿Quién...? -dijo Damien, pero enseguida cayó en la cuenta y apremió a Lee para que entrase-. Seguro que es Melinda, mi hermana. Ya te he hablado de ella.

-Damien... -comenzó a decir Lee, pero ya era demasiado tarde.

Una mujer alta y morena salió apresuradamente al recibidor. Era atractiva, como su hermano, y emanaba el mismo aire de seguridad en sí misma. Lleva un vestido de lino, color turquesa, precioso, y se notaba un ligero aroma a perfume francés.

-¡Damien! -exclamó Melinda encantada, pero de repente su mirada se detuvo en Lee-. ¿Es... es...?

-Mel, esta es Lee, mi esposa. Lee, esta es Mel -dijo Damien con sencillez.

-Cielos... quiero decir que... –Melinda tragó saliva-. Encantada de conocerte. Lee. Mamá me habló de ti, pero... eres la última persona que esperaba encontrarme, quiero decir que...

Damien la observó sardónicamente por un momento.

-Las cosas han cambiado desde la última vez que discutí con nuestra madre, Mel. Lee y yo acabamos de volver de nuestra luna de miel.

Melinda parecía sinceramente disgustada y de repente, habló en un tono histérico.

-¡Pero es que está Julia aquí!

Damien maldijo en voz baja.

-¿Y por qué?

-Ella me llamó y me preguntó que si podíamos vemos para charlar. Solo voy a quedarme un par de días y es el único momento de descanso que tengo.

Damien maldijo de nuevo y se giró hacia Lee.

-Pero... pero... -tartamudeó Lee.

-Sé tú misma -le recomendó Damien.

-¿Pero quién es ella? -preguntó Lee desesperada.

-¿No te acuerdas? Es la persona sobre la que mi madre amablemente te informó.

Fue un encuentro breve, durante el cual la tensión fue palpable.

Sobre todo cuando Julia y Damien comenzaron a intercambiar opiniones sobre Vanuatu y Erakor.

Finalmente, Melinda intentó excusarse diciendo que tenía que tomar un avión y Julia hizo lo mismo.

-Tengo una cita, así que yo también debería marcharme -dijo Julia-. Damien, te deseo lo mejor -dijo mirándolo a él-. Y por supuesto a ti también. Lee.

Damien se puso de pie.

-Te acompaño hasta la puerta, Julia. Melinda, espera un momento.

Melinda se hundió en el sillón mientras observaba a Damien salir con Julia. Después, miró a Lee completamente desamparada.

-Mamá me dijo que era un matrimonio de conveniencia. Me dijo que no me inmiscuyese, porque por lo visto Damien la puso sobre aviso. Después, Julia me llamó al teléfono móvil. Ella creía que yo estaba en Caims, pero en realidad estaba aquí recogiendo mis cosas. Julia me preguntó si podía venir a tomarse un café y a charlar... íbamos al colegio juntas. ¡Me siento fatal!

-No podías saberlo -dijo Damien secamente, mientras entraba de nuevo en el salón.

Una chispa se iluminó en la mirada de Melinda.

-Exacto. No podía. Todos creíamos que Julia y tú volveríais... -dijo, pero se detuvo y se mordió el labio. Después volvió a tener cara de rebelde-. Si no nos tuvieses en ascuas, esto no habría sucedido -lo regañó y se volvió hacia Lee- Lee, te pido disculpas. Pero así son las cosas. De todos modos, bienvenida a la familia.

Lee se había puesto de pie y Melinda se acercó hacia ella y la abrazó. Después, dio un paso hacia atrás y habló, no sin una nota de humor.

-Quizá no sepa qué está pasando y quizá haya metido la pata unas cuantas veces, pero lo digo en serio.

Diez minutos más tarde estaban solos.

-Me gusta -dijo Lee refiriéndose a Melinda.

El se encogió de hombros y pareció irritado por un momento.

-Le podría haber pasado a cualquiera -intentó ayudar Lee.

-Solo les podía ocurrir a mi hermana o mi madre.

Lee lo miró a los ojos.

-¿Por qué pensaban que Julia y tú volveríais a estar juntos?

-No tengo ni idea -dijo él poniéndole las manos sobre los hombros y apretando los dientes-. Julia y Melinda se conocen desde hace años; supongo que por eso Mel defendía aquella relación. Y ya

te dije que mi madre tenía como objetivo en la vida que el apellido de la familia no se perdiese.

-Debía de haber algo más -dijo Lee en voz baja-. Haríais buena pareja. Estoy segura de que ni tu madre ni tu hermana te obligarían a casarte con alguien a quien no amas.

-No sé aún qué era exactamente, pero faltaba algo. Algo que me impedía casarme con ella. Sigo sin saberlo, así que cuando Julia intentó forzar el tema del matrimonio, lo rechacé con toda la dignidad de la que fui capaz.

-¿Puedo hacer una sugerencia? -le preguntó Lee.

-¿A qué te refieres?

-¿Qué futuro es el que tienes pensado para nosotros?

-Que sigamos casados -dijo él, impaciente.

-Sí. Pero ¿cómo? Tu pasando aquí la mayor parte de tu vida, y yo en Plover Park.

-Pues creo que eso funcionaría de maravilla. A ti te encanta Plover Park y así podrías mantenerlo. Aunque si alguna vez quisieras cambiar de opinión, aquí hay sitio de sobra.

-No podría quedarme aquí sentada cruzada de brazos.

-No tendría por qué ser aquí. Mi madre siempre me ha dicho que se marcharía de la casa cuando yo me casase. Es mía de todos modos.

Lee dudó.

-¿Y si elijo Plover Park y tenemos hijos?

-No se me ocurre un sitio mejor para tener hijos. Lee. ¿Qué es lo que intentas decirme?

Lee tembló en sus brazos.

-No podría hacerlo, Damien. Me sentiría como una esposa en la distancia. Nuestros mundos son demasiado diferentes.

-Tonterías -dijo él-. Tenemos las mejores razones del mundo para intentarlo. Los dos somos personas que no se conforman con vivir en el bolsillo de otros.

Lee se liberó de su abrazo.

-Si Julia se hubiese sentido feliz de vivir en tu bolsillo, Damien, ¿crees que habrías tenido algún problema en casarte con ella? Te habrías dado cuenta de aquello que no veías.

-¿Y qué es? -preguntó él con la mirada fría y los labios apretados.

-Exactamente esto. Un matrimonio de conveniencia, que te asegure el orden y los herederos, es lo que realmente quieres.

Capítulo 9

ESTÁS sugiriendo que lo que me gustaría es tener una esposa para tener hijos y una amante para divertirme?

Si ella estaba pálida también lo estaba él, y se palpaba la tensión entre ellos. Pero era una tensión cargada de la furia de Damien.

-Tal vez ahora mismo no -dijo ella con nerviosismo, gesticulando desesperada.

-¿No crees que ese tipo de matrimonio ha pasado ya a la historia? -preguntó él enarcando las cejas.

Lee tragó saliva.

-Sé de buena fuente que tiene su atractivo, especialmente para los hombres.

-¿Qué fuente es esa?

-No te lo puedo decir. De todos modos... -dijo ella y movió la cabeza-. De todos modos no baso mis objeciones en eso.

-¿Entonces en qué? -preguntó con la voz crispada.

¿Por qué había empezado aquello?, se preguntó Lee con creciente desesperación. ¿Cómo la había afectado el encuentro con Julia? ¿Llenándola aún de más dudas? ¿O estaban sus objeciones basadas sólidamente en la forma de matrimonio que él le proponía, así como el hecho de que estaba utilizando Plover Park como un señuelo? ¿Pero qué otra cosa funcionaría para ellos?

-Habíame, Lee. Me tomé muchas molestias para tranquilizarte en Tamanu, pero si no eres capaz de contarme algo más de lo que ya me has contado, no tengo nada en contra de persuadir a tu cuerpo para que hable por tí. Cosa que por otro lado es extremadamente placentera para los dos -la avisó Damien y mirándola con insolencia.

Ella se quedó boquiabierta.

-¡No serás capaz!

-No apuestes por ello -le advirtió Damien-. Y no olvidemos otra cosa. ¿Quién sedujo a quién inicialmente?

-Eso... eso no tiene nada que ver con esto -tartamudeó ella.

-¿Ah no? -preguntó él y rio suave y despiadadamente.

Lee cerró los ojos.

-¿Por qué crees que Julia quería hablar con Melinda? -le preguntó.

-Eso no tiene nada que ver con esto. Lee. Mi relación con Julia había terminado antes incluso de casarme contigo. Ella no tiene sitio en esta ecuación.

Lee se estremeció visiblemente. Aquello fue un error, porque fue entonces cuando Damián abandonó el asalto verbal para pasar al asalto físico. Aunque ella no lo sintió como una agresión, ya que él era demasiado inteligente como para eso.

Damien besó las lágrimas que le caían de los ojos Después tomó su cara entre las manos y la besó en la boca.

-¿Te digo a qué sabes? -le preguntó él con suavidad-. A Tamanu. Aún estás un poco salada por nuestro último baño de esta mañana. ¿Recuerdas cómo te despertaste?

Lee lo recordaba demasiado bien. Había abierto los ojos con la primera luz del amanecer. La sola idea de que aquel mismo día tenían que marcharse de Vanuatu la oprimió llenándola de aprensión, y se había girado hacia Damien, enterrándose en sus brazos.

Hicieron el amor con urgencia y sin cruzar una sola palabra. Después, durante un maravilloso amanecer, se habían dado el último baño en la playa.

¿Había sido aquella misma mañana?, pensó sorprendida. Parecía haber ocurrido hace mucho tiempo.

-Esta mañana me hiciste el amor como si tu mundo se estuviese derrumbando. Lee --dijo él con suavidad-, pero no tiene por qué ser así.

Por fin ella lo miró a los ojos, con una expresión de sorpresa al comprender la revelación de aquel amanecer.

-Tú... -suspiró Lee sin poder continuar.

-Me siento honrado -dijo él sencillamente-, y te prometo que no te arrepentirás.

Damien la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

Lee se encontraba demasiado aturdida como para resistirse mientras él la desvestía. Después, demasiado excitada con lo que él le hacía para preocuparse de nada más.

¿Qué se podía hacer con un hombre que manejaba el cuerpo de una mujer como si fuese el más delicado violín?, se preguntó. Un hombre que le quitaba el aliento y la hacía sentirse como una llama viva entre sus brazos, no solo rebosante de placer sino también deseosa de complacerlo.

Lee estaba echada boca arriba y él de lado junto a ella.

Damien tenía la cabeza apoyada sobre el brazo y con los dedos de la otra mano acariciaba el cuerpo de Lee, provocándole intensas sensaciones. Rodeó sus pechos y acarició sus pezones; después continuó hacia abajo hasta que llegó a los rizos caoba de su Monte de Venus. Allí descansaron durante un instante. Lee tembló con

deliciosa anticipación y de su garganta salió un sonido ronco. Se movió con lujuria, abriendo las piernas.

Al mismo tiempo ella deslizaba los dedos a lo largo del fuerte cuello de Damien, jugueteando con el oscuro vello de su pecho hasta concluir la delicada exploración en las partes más duras de su cuerpo.

-Lee -dijo él, frenándola-. Estás entrando en terreno peligroso.

Los labios de Lee se curvaron en una ligera sonrisa y comenzó a mover la mano de nuevo, muy lentamente.

-Quizá sea una mujer de corazón aventurero. Quizá pudiera ser parte de un comando suicida más de lo que yo pensaba… -se detuvo al quedarse sin aliento-. Porque estoy deseando que actúes tan peligrosamente como quieras.

-Con eso me basta -dijo él con la voz quebrada y la atrapó entre sus brazos, penetrando en ella poderosamente.

Lee se deleitó con aquello, mientras su delgado cuerpo y sus suaves curvas se moldeaban alrededor de él, dejando los brazos libres para abrazarlo. El ritmo de sus cuerpos tomó el compás de una sinfonía y Lee disfrutó no solo de la fuerza de Damien, sino también de la fusión de sus caderas, del roce de su piel, de su olor y su sabor; y con el crescendo de la nota final sus párpados se llenaron de estrellas.

Lee aún estaba recuperando el aliento cuando Damien se apartó de ella para sentarla sobre él, andándola con fuerza a su cuerpo mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

Ella abrió los ojos con cautela y después apoyó la mejilla contra su hombro hasta que recuperó el aliento.

-¿Tenemos un acuerdo entonces. Lee? -preguntó él mientras la acariciaba suavemente.

Lee suspiró. En aquel momento se dio cuenta de que era tan capaz de ir a la luna como de resistirse a él. Ni siquiera era capaz de mostrar toda la indignación que debería sentir al verse forzada a aceptar la voluntad de Damien en un momento así. Lo cual decía mucho al respecto, pensó. Damien tenía una razón de peso. Y no era precisamente un arma a favor de ella…

-Lee.

Ella levantó la cabeza y él le apartó unos mechones de pelo de la cara. Los ojos de Damien estaban oscurecidos y a Lee la llenó de placer ver que tenía la frente cubierta de gotas de sudor. Pero la pregunta que había en los ojos de Damien era ineludible, y Lee pensó que Damien Moore podía ser deliciosamente peligroso en la cama, pero que también a la hora de conseguir lo que quería.

«Como si no lo supieses. Lee», se dijo a sí misma y se aclaró la garganta para hablar. Y cuando lo hizo, la sorprendió su propia respuesta.

-De acuerdo -concedió con la voz ronca-. Lo intentaré. Eso es todo lo que puedo pensar por el momento.

Damien se rio y después se puso serio.

-¿Qué te parece si no voy a trabajar y nos vamos a casa?

Lee se sintió invadida por una curiosa sensación de ternura.

-¿Estás seguro?

-Tengo que hacer unas llamadas, pero estaré listo dentro de una hora. Podrías darte un baño o una vuelta por la casa y decidir si hay algo que te gustaría cambiar.

Lee abrió los ojos de par en par.

-Esta también es tu casa -dijo él encogiéndose de hombros.

-No creo que me atreviese a cambiar absolutamente nada.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Damien.

-¿Acaso no eres mi extraordinaria decoradora de interiores?

Lee se llevó la mano a la boca.

-¡Byron Bay! Me había olvidado por completo.

Él se giró hacia ella y la besó suavemente.

-Me gusta cómo suena eso.

-¿Qué quieres decir?

Los oscuros ojos de Damien se iluminaron divertidos.

-Me gusta la idea de ser capaz de hacerte olvidar de todo lo demás.

Ella se sonrojó ligeramente, pero contestó con dignidad.

-Vanuatu también ha tenido algo que ver.

-Desde luego -contestó él con seriedad-. ¡Viva Vanuatu! Sin embargo, fui yo el que te llevó allí. ¿No merece eso un reconocimiento?

Lee hizo como si lo considerase.

-Lee -avisó Damien-. Si tienes intención de dejar esta cama en un futuro cercano...

-Damien -la interrumpió ella apresuradamente-. Estoy de acuerdo en que Vanuatu y tú habéis sido una maravillosa combinación, pero creo que ya has hecho suficiente daño por hoy.

-¿Daño? -preguntó él frunciendo el ceño.

-Sí -dijo ella-. Me has dañado dos veces hov, aunque de una forma muy delicada.

Él dudó por un momento y escrutó en sus ojos que, aunque tenían una sombra de timidez, reflejaban tranquilidad.

-De acuerdo -dijo él gravemente-. Acepto no ser más importante

que tu isla favorita del Pacífico Sur, con una condición.

Lee enarcó una ceja.

-Que repitamos esto en un futuro cercano.

-No veo ningún problema en ello, señor Moore.

Damien rio, volvió a besarla y se puso de pie. La arropó cariñosamente y salió al cuarto de baño.

Lee se quedó en la cama mientras él se duchaba, y después se dio el lujo de observarlo mientras se vestía.

Damien se puso unos vaqueros limpios y se sentó al borde de la cama para ponerse los calcetines. Completamente sobrecogida, ella observó la belleza de su cuerpo. Y cuando comenzaba a sentir un cosquilleo, sus miradas se encontraron.

Lee no se daba cuenta de que su expresión denotaba cierta debilidad.

Tampoco comprendía por qué él la había mirado, sombrío por un instante. Después, Damien se volvió asentar a su lado y le habló amable y tranquilamente.

-Confía en mí. Lee. No te defraudaré –le dijo y, tomando su mano, la besó-. Ahora descansa, amor mío. Tenemos todo el día para volver a casa -añadió.

Lee descansó durante un rato, aunque no pudo dejar de pensar. Intentó asimilar la importancia de la decisión que había tomado, pero una pequeña duda interrumpía sus pensamientos: cuando él le dijo que confiase en él, ¿se refería a que confiase en que no le haría daño? ¿No se daba cuenta de que, aunque ella parecía irremediablemente unida a él, le hacía daño solo con no decirle que la amaba?

¿Y qué proporción de sus sentimientos hacia ella, fuesen los que fuesen, incluían la responsabilidad de saber que se había enamorado de él?

Lee abrazó la almohada e inspiró profundamente. Damien también le había dicho que no la dejaría marchar. Quizá debería concentrarse en aquello y dejarse llevar por la corriente, porque solo había una cosa que no dejaba lugar a dudas: amaba a Damien Moore, sin importarle cuáles fuesen los sentimientos de él hacia ella.

Lee se dio un largo baño, después se vistió de nuevo con su vaqueros y su blusa rosa y fue a buscar a su marido.

Él estaba hablando por teléfono, así que ella se dirigió a la cocina para preparar un poco de café. Cuando se terminó el café, él

aún seguía hablando, así que siguió su consejo y se dio una vuelta por el apartamento. No lo miró con ojos de decoradora, pero tampoco con ojos de esposa, pensó algo deprimida, y se preguntó, mientras permanecía de pie junto a la puerta del comedor, si algún día lo vería con ojos diferentes.

Un timbre interrumpió sus pensamientos, y volvió a la realidad al oír que Damien le estaba pidiendo, con cierto tono de urgencia en la voz, que abriese la puerta.

Era Elisa Patroni. Resultaba difícil decir quién estaba más sorprendida de las dos, pero Elisa reaccionó con rapidez.

-Hola, Lee -dijo Elisa encantada-. ¡Por fin te has mudado! Es maravilloso. Ahora quizá tenga la oportunidad de hablar con alguien, en vez de tener que dejar mensajes en el contestador, a los que Damien nunca responde.

-Yo... pasa -la invitó Lee-. Me alegro de verte -le dijo y se dio cuenta de que era verdad.

Damien apareció, atraído por el sonido de sus voces, y se dio con la mano en la cabeza al ver a Elisa.

-Lo siento. Lo siento mucho, Elisa

-Eso espero -lo reprendió Elisa- ¡Nunca contestas a mis mensajes!

-No he tenido tiempo. He pasado mucho tiempo en la granja y después hemos estado fuera -le explicó.

-Entonces estás perdonado-dijo Elisa rápidamente. Damien miró por encima de su hombro en dirección al teléfono, que sonaba de nuevo-. Anda, vuelve al trabajo, que yo me quedo con Lee -le ordenó.

-Eres un cielo -dijo él sonriendo-. Estoy seguro de que Lee cuidará de ti

Lee preparó café y las dos se dirigieron al cuarto de estar.

-Siento no poder ofrecerte nada de comer, pero aun no me manejo en esta cocina

-Mejor así -dijo Elisa mientras se sentaba en un sillón- Estoy a dieta. Por lo visto, no has venido con mucha frecuencia

-Una vez -dijo Lee- Después de tu fiesta. Acabamos de volver de Vanuatu esta mañana

Elisa sorbió su café' y frunciendo el ceño dejo la taza sobre la mesa.

-La sinceridad al hablar es una de mis cualidades. Lee -la avisó-. Por lo visto, nada de lo que hago evita que de vez en cuando meta la pata. Asi que si vamos a ser amigas, creo que deberías saberlo.

Una media sonrisa se dibujó en los labios de Lee.

-En lo que se refiere a Damien y a mí –dijo Lee tranquilamente-, es demasiado fácil meter la pata. Lo mismo le ocurrió a su hermana esta mañana.

Elisa parpadeó varias veces.

-Entonces, no te importará que te diga que el misterio que rodea vuestro matrimonio nos esta volviendo locos a todos, ¿verdad?

Lee apartó la mirada por un instante y se resistió a la tentación de confesarle a Elisa que ella también sufría el mismo síndrome algunas veces, sin ir más lejos, hacía menos de una hora.

-Pero fuese lo que fuese lo que lo apartó de Julia y lo llevó hacia ti, ahora funciona, ¿verdad? -preguntó con delicadeza.

Lee tragó saliva.

-Yo... -empezó a decir, pero se detuvo

-Nunca pensé que ella fuese la mujer adecuada para él -afirmó Elisa.

Aquella vez le tocaba asombrarse a Lee

-¿De verdad?

-No -dijo Elisa haciendo un gesto de impaciencia con la mano-. Julia era muy guapa y llena de cualidades, pero le faltaba un ingrediente esencial, aunque probablemente Damien m siquiera se haya dado cuenta.

-¿Y cuál es? -preguntó Lee con los ojos abiertos de par en par.

-Es algo muy difícil de explicar con palabras. Quizá yo no sepa decirte exactamente qué es, pero me daba la sensación de que entre ellos faltaba algo. Y aunque no sé por qué... -dijo Elisa, mientras la observaba-, quizá tú seas capaz de dárselo.

-Desearía saber qué es, porque si soy sincera, todo empezó como un matrimonio de conveniencia, y creo que aunque algunas cosas parecen haber cambiado, todavía lo es -confesó Lee mirando hacia el suelo y preguntándose por qué confiaba en una completa extraña.

Elisa se levantó y se sentó junto a Lee.

-Supongo que tus sentimientos hacia él no son de conveniencia -dijo mientras le rodeaba los hombros con el brazo.

-Supones bien.

-Entonces, mantente firme donde estás, cielo -le aconsejó mientras la abrazaba-. Porque creo que eres especial.

-Eres tan amable...

-¡Tonterías! Es cierto -exclamó y sacó un pañuelo de su bolsillo para secarle los ojos.

Cuando Lee recobró la compostura, Elisa volvió a su sillón y le comentó que estaba planeando una fiesta.

-Tuve una idea estupenda. ¿Conoces la escena de las carreras en

la película My Fair Lady?

-Por supuesto -dijo Lee y cantó una estrofa de la canción Ascot Gavotte.

-¡Bravo! -exclamó Elisa-. Pues ese será el tema de mi próxima fiesta. Creo que tú estarías tan estupenda como Audrey Hepbum...

-¡Menos mal que no escogiste Sonrisas y Lágrimas! -dijo Damien, entrando en la habitación y sentándose junto a Lee.

-Bueno, sí que pensé...

-Sabe cantar al estilo tirolés -dijo Damián tomando a Lee de la mano.

-¡Pero nunca lo haría en público! –protestó Lee.

Damien la tomó en sus brazos.

-Aún tengo que conseguir que lo hagas en privado.

-Damien -susurró ella escondiendo la cabeza en su hombro, ruborizada.

Él le dio un beso en la cabeza..

-Cariño -dijo él suavemente-. No pretendía avergonzarte. Pero no he podido evitarlo.

Elisa Patroni los miró divertida, pero enseguida vio cómo todas las piezas encajaban. Vio con toda claridad cómo Lee llenaba el hueco que había existido entre Damien y Julia.

Obviamente, Lee no era consciente de ello, pensó Elisa. Pero ¿sabía Damien qué era lo que lo atraía de aquella chica? Elisa sospechaba que no, ya que de lo contrario. Lee no tendría ninguna duda acerca de los sentimientos de Damien.

Se sintió tentada de revelar sus pensamientos, pero la sensatez prevaleció.

-Parece que Elisa y tú os lleváis muy bien -dijo Damien cuando Elisa se marchó.

-Sí. Me gusta.

-Yo diría más bien que tú le gustas. Elisa no se molesta con gente que no le gusta –comentó Damien y miró a Lee inquisitivamente-. También es muy curiosa. No me sorprendería que no haya intentado averiguar algo sobre nuestro matrimonio.

De vuelta en el dormitorio Damien metía ropa limpia en una bolsa, dejando la ropa que se había llevado a Vanuatu en el suelo.

Lee recogió el montón.

-Lo echaré a la cesta de la ropa sucia. ¿Viene alguien a hacer las tareas de limpieza?

Damien le quitó la ropa de las manos y la tiró de nuevo al suelo.

-Sí. Ahora habíame sobre Elisa.

Lee se apartó de él y se sentó al borde de la cama.

-Ella... No ha sido nada. Solo dijo que el misterio de todo esto los estaba volviendo locos. Eso es todo.

-No sabes mentir. Lee -dijo él y se sentó a su lado-. ¿Hay algo que te haya sentado mal?

-No. Y eso es todo lo que te voy a decir.

-Pero ¿por qué tanto misterio?

Lee levantó la barbilla y lo miró con los ojos entrecerrados.

-Me apetece ser misteriosa, eso es todo.

-Tengo maneras para manejar esto -dijo él riendo con suavidad. Parecía tan perversamente vivo que Lee no dudó sobre lo que quería decir.

-Ni se te ocurra -lo avisó.

-No, hoy no -dijo él arrastrando las palabras-. Tres veces en una mañana quizá sea demasiado incluso para nosotros. Pero esperaré el momento oportuno. Por cierto, tengo buenas noticias para ti.

Lee enarcó una ceja.

-Fue Cosmo Delaney, la oveja negra de la familia, el que timó a tus abuelos.

-¡Cómo! -exclamó Lee, abriendo los ojos de par en par-. ¡Claro! Tenían la misma inicial, se parecían físicamente... ¿cómo no lo pensé antes? -dijo casi sin aliento-. ¿Qué te hizo sospechar?

-¿Recuerdas que cuando estuvimos comiendo en Byron Bay, mencionaste el parecido entre Cyril y él? -le preguntó y ella asintió-. Pues decidí investigar a Cosmo y me encontré con otra denuncia contra C. Delaney por un fraude similar. Y me acaban de decir que Cosmo tiene un historial un tanto dudoso.

-¿Sería eso lo que Cyril sospechó de repente y después dejó sin decir?

-Yo diría que sí -aceptó Damien-. Por lo visto, Cyril pagó su fianza en un par de ocasiones. Pero parece obvio que había decidido actuar de manera distinta esta vez.

-Porque tú eres el hijo que él nunca tuvo y yo...

-Por ser como eres. Lee -interrumpió Damien-. Y porque tú y yo hemos llegado al punto que él había previsto, ¿verdad?

Lee se quedó en silencio durante un rato.

-Pero ¿no fue demasiado arriesgado que se revelase ante mí, ya que eran mis abuelos los que...

-No había razón alguna para que relacionase los apellidos de Westwood y Mercer.

-Claro.

-También descubrí que hay una hermana, Carol Delaney. No

soporta a Cosmo. Piensa que es una vergüenza para la familia y estará encantada de testificar que Cosmo y Cyril no estaban muy unidos y que discutían continuamente acerca de Plover Park. De hecho, Cosmo siempre quiso que su hermano lo vendiese.

Lee abrió los ojos de par en par.

-¡Ya veo!

-En realidad nunca creyó que perteneciese a la familia y no lo quería para él. Lo único que quería era el dinero que podría sacar de allí. Y nosotros hemos cumplido los deseos de Cyril, ¿verdad Lee?

Ella lo miró fijamente y se estremeció al ver lo serio que estaba.

-Sí...

-Entonces, vamonos a casa

Tres meses más tarde. Lee dejó lo que estaba haciendo y se echó a llorar.

Damien había pasado una semana con ella en Plover Park cuando volvieron de Vanuatu y ella había ido a Brisbane algunas veces. Y Elisa y Hank también habían ido pasar unos días a Plover Park.

Por lo demás, Damien y ella solo se veían los fines de semana.

La noche anterior él la llamó para decirle que no podrían verse aquel fin de semana. Lee se sentía como una amante, no como una esposa.

Aunque eso no significaba que los fines de semana no fuesen estupendos, ni que Damián no se interesase por Plover Park. De hecho, se aseguró de que el estilo de vida de Lee fuese lo más agradable posible.

Le había comprado otro perro para que ayudase a Peach en el cuidado de la casa, un Gran Danés que se llamaba Paddy, y estaban encantados con él.

También había llevado algunos de sus caballos a PÍover Park al darse cuenta de que ella le encantaban los caballos.

Además, había convertido una de las habitaciones en un cuarto de trabajo con todas las herramientas para el diseño de jardines.

Por último, había iniciado un procedimiento contra Cosmo Delaney y parecía que sus abuelos recuperarían sus ahorros.

Entonces, ¿por qué se sentía tan triste? Porque no sentía que formase parte íntegra de la vida de Damien.

Aunque ella tampoco estaba totalmente libre de culpa. En un par de ocasiones que habían sido invitados a fiestas, Damien le había preguntado si le gustaría asistir, pero siempre había algo que la

detenía. Quizá saber que aquel matrimonio aún era un misterio para todos le restase fuerzas para enfrentarse a la curiosidad de los amigos.

Peach le acarició la pierna con el morro al ver que estaba llorando, así que se sentó en el suelo y enterró la cara en el sedoso pelo del perro.

-Siempre tuve miedo de que fuese un matrimonio de conveniencia, Peach -sollozó Lee-. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Cómo voy a mudarme a Brisbane?

Lee se preguntó qué podía hacer. No sabía si seguir como hasta entonces o explicarle a Damien lo que sentía.

La respuesta la tuvo al día siguiente cuando fue al dentista para una revisión. Estaba hojeando una revista en la sala de espera cuando una foto en la sección de Brisbane le llamó la atención.

Era del Baile Anual de la Sociedad de Abogados de hacía un par de semanas y mostraba a un grupo sonriente en el cual se veía a Damián y a Julia juntos.

Damien estaba estupendo con un esmoquin negro y Julia estaba despampanante con un estrecho vestido color violeta. En la foto, Julia miraba a Damien como si estuviese fascinada.

Lee dejó caer la revista al suelo, se levantó y se marchó, ignorando las preguntas de la sorprendida recepcionista.

Aquel mismo día se marchó de Plover Park. Les dijo a sus abuelos que se marchaba a Brisbane una semana, y a los guardas les dijo lo mismo para asegurarse de que cuidarían de todos los animales hasta su regreso. Pero tenía la certeza de que no iba a volver.

Capítulo 10

DOS SEMANAS más tarde estaba parada frente al edificio de la Ópera de Sidney, observando la llegada de sofisticados invitados a una fiesta de caridad.

Era una tarde fría y estaba anocheciendo. Había conducido tranquilamente hasta Sidney, donde encontró un bonito hotel donde quedarse hasta decidir qué hacer, pero sus pensamientos no la ayudaron mucho. De hecho, había dejado el hotel aquella mañana y planeaba continuar hacia el sur, pero tuvo que llevar el coche en un taller debido a un golpe y no estaría listo hasta dentro de una hora.

Estaba a punto de ir a buscar una cafetería cuando se encontró con Elisa Patroni. Estaba magnífica con una capa dorada y una tiara de verdad en la cabeza. Esta salió de una limusina y se quedó paralizada al ver a Lee y después, con sorprendente agilidad teniendo en cuenta su tamaño, se abalanzó sobre ella.

-¡Querida! ¡Querida! -exclamó Elisa- ¡Menos mal que te encuentro! Damien se está volviendo loco. Hank -dijo volviéndose a su marido-, olvídate de esto. Tenemos cosas más importantes que hacer -le ordenó imperiosamente. ¡Consigue un coche!

Hank Patroni saludó a Lee aturdido y después se giró hacia su mujer.

-Pero...

-Nada de peros, Hank. ¿Hace cuánto que conocemos a Damien Moore? -dijo y mientras hablaba, sujetaba a Lee con determinación.

-Hace muchos años -dijo Hank-. Solo iba a decirte que nuestra limusina se ha marchado.

-¡Pues consigue otra!

-Yo... -quiso decir Lee.

-Y tú tampoco me vengas con tonterías. Lee -la regañó Elisa.

Diez minutos más tarde Lee estaba en la maravillosa suite de los Patroni en el hotel Regent, con un vaso de coñac en la mano.

-De acuerdo -dijo Elisa quitándose la capa y dejándola sobre una silla. Hank pareció dolido-. Bebe un poco de eso -le ordenó a Lee-. Parece que estás a punto de desmayarte. No voy a preguntar el porqué; estoy segura de que tienes tus razones para hacer lo que hiciste, pero no fue justo para Damien que te marcharas sin decirle una sola palabra. /No te parece Hank?

Pobre Hank, pensó Lee y bebió su coñac.

-Sí... así es -dijo Hank-. De lo que estoy seguro es de que no es ningún monstruo. Lee.

-Yo tampoco. Pero no sabía qué decirle.

-¿Así que el matrimonio de conveniencia se hizo realidad? -preguntó Elisa sentándose junto a Lee y pasando un brazo por encima de sus hombros-. Estuve pensando en ello, pero quizá encuentres que la historia ha cambiado.

Lee suspiró.

-De todos modos, os agradecería que le dijeseis que estoy bien. Les mandé una carta a mis abuelos explicándoles lo que ocurría, ya que no me sentía capaz de mirarlos a la cara. Pero Damien...

Lee se detuvo y se dio cuenta de que Elisa estaba haciéndole señas a Hank, como si estuviese sujetando un teléfono.

-¡Por favor! -exclamó ella poniéndose en pie enérgicamente-, no lo llaméis a Brisbane. Os prometo que cuando esté lista, yo lo llamaré.

Elisa agarró el teléfono al ver que Hank no se movía.

-Solo lo hago porque creo que es bueno para vosotros dos -le dijo a Lee-. No puedo quedarme sentada sin hacer nada si mis amigos tienen problemas.

Después, llamó a la recepción y pidió que la pusiesen con el señor Damien Moore.

-¿Cómo? -susurró Lee-. No puede ser...

-Hola, Damien -dijo Elisa por el teléfono-.¿Podrías bajar un momento? Es muy importante. Gracias -Elisa colgó el auricular-. Está aquí, en el hotel -le dijo a Lee-. Vino en el mismo vuelo que nosotros porque averiguó el hotel en el que estabas registrada -la informó ,y al oír que alguien llamaba a la puerta se volvió hacia su marido-. Ese será él. Hank, nos vamos al concierto.

Elisa se puso la capa y se colocó la tiara, los miró a los dos de manera majestuosa y salió al recibidor.

Hank se encogió de hombros.

-Damien, estaba muy preocupado. Lee. La razón por la que nos enteramos fue porque pensó que tú te habrías puesto en contacto con Elisa. Por extraño que parezca.

No tan extraño, pensó Lee, ya que había pensado en la posibilidad de llamarla...

-Yo... yo... -susurró ella, pero Hank ya se había marchado y Damien estaba en la habitación.

La primera impresión que tuvo Lee fue que Elisa se había equivocado por completo. Más que darle la bienvenida, Damien parecía furioso mientras se acercaba a ella. También parecia cansado y más delgado. Y sus primeras palabras, mientras Lee se hundía en la silla, no hicieron nada por disipar aquella impresión.

-Si vuelves a hacerme esto. Lee, te daré una buena azotaina.

Lee se quedó boquiabierta.

-¿Dónde te has metido? ¿Y qué disparatada razón te hizo... desaparecer?

-Yo... era lo único que se me ocurrió. ¡No quería ser una esposa conveniente para ti! Oculta en la granja mientras tú llevabas dos vidas distintas. Siempre supe que querías un matrimonio así, Damien, pero no me dejaste elección.

-No he llevado dos vidas diferentes –espetó él-. Cuando no estaba contigo, estaba trabajando.

-También socializabas...

-Cosa que tú no quisiste hacer en las dos ocasiones en que te lo pedí.

-Así que utilizaste a Julia para sustituirme -dijo ella con la voz ronca-. Y ella además, aún sigue enamorada de ti.

Damien frunció el ceño.

-¿De qué estás hablando?

-Vi una foto de vosotros en el Baile Anual de la Sociedad de Abogados, en una revista...

Por primera vez, algo en la mirada de Damien se suavizó.

-¿Por eso te marchaste? -le preguntó incrédulo.

Lee dudó y se hundió en la silla otro poco al ver que él se acercaba, pero Damien se limitó a servir dos bebidas para ellos y después se sentó enfrente de ella. Durante un rato observó su vaso, pero después la miró y su expresión había perdido toda la dureza.

-¿Fue por eso. Lee?

-Sí... fue una de las razones.

Damien suspiró y a Lee le pareció que fue un suspiro de alivio.

-Julia también pertenece a la sociedad de abogados -dijo Damien-. No fui al baile con ella y no fue culpa mía que acabásemos sentados a la misma mesa. Fui solo al baile y la única razón es porque yo soy el presidente este año. En cuanto a que esté enamorada de mí aún, no tengo ni idea -le explicó-. Pero de lo que sí soy culpable es de no comprender bien lo que siento por ti. Lee. Soy culpable de no querer involucrarme demasiado en nuestro matrimonio.

Lee abrió la boca.

-O al menos lo era -continuó él mirando el vaso de nuevo-. Fue Elisa la que me dijo qué era lo que faltaba entre Julia y yo, y entre todas las demás mujeres que he conocido. Y estas dos semanas lo han demostrado de una vez por todas -sentenció, y dio un trago largo a su bebida.

-¿Y qué es? -preguntó Lee con lágrimas en los ojos.

Damien frunció el ceño.

-Quizá no te guste. Casi no he dormido...

Y realmente parecía exhausto. Lee se inclinó hacia delante; estaba temblando pero por una sensación completamente nueva: la esperanza.

-¿Me amas o te sientes responsable de que te ame yo? -le preguntó con la voz temblorosa.

-No puedo soportar que estés con ningún otro hombre.

-Damien...

Él sonrió cansinamente.

-Me fascinas, me haces sentir maravillosamente bien... Despiertas un instinto en mí que ninguna otra mujer ha conseguido. Un instinto protector.

-Ella se levantó y se arrodilló junto a él.

-¿Por qué no iba a gustarme eso, Damien?

-Tenía la sensación de que no necesitabas más protección que la tuya propia -le dijo Damien.

-Yo me enamoré de ti mucho antes de Vanuatu, Damien -dijo Lee-. Me enamoré de ti desde el principio.

Él parpadeó.

-¿Cómo...?

-¿Cómo lo oculté? No fue fácil –reconoció ella, sombría-, pero supongo que me ayudó el pensar que no era la mujer adecuada para ti.

-Eres lo mejor que me podía pasar –confesó Damien.

-Llévame a casa -susurró ella-. Te amo.

-Lee... -dijo él abrazándola-. ¡Te adoro!